4

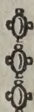
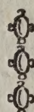
COMEDIA FAMOSA.

HERODES ASCALONITA, Y LA HERMOSA MARIANA.

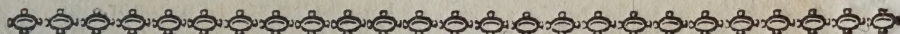
DEL LICENCIADO GASPAR LOZANO MONTESINO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Herodes, Rey de Judea.
Mariana, su muger.
Salomé, hermana de Herodes.
La Fama.

Josef, marido de Salomé.
Lázaro, criado.
Isabél, criada.
Soldados.



JORNADA PRIMERA.

Dice dentro Mariana, è irá saliendo como huyendo Herodes con un puñal desnudo, y terciada la capa: saldrá por una puerta, y entrará por la otra.

Mar. A Guarda, espera, detente,
esposo, dueño, y Señor,
por qué me hieres, y huyes?
por qué me matas? Ay Dios!

Sale ahora à medio vestir lo mas bizarra, que pueda.

Si fué sueño, si fué sueño?
Si ha sido vana ilusion
la que me ha robado à sustos,
sangre, fuerza, brio, y valor?
Todo es sombra quanto encuentro
y tal con el miedo estoy,
que aun para llamar me faltan
alma, vida, aliento, y voz.

Dentro Josef por la otra puerta.

Josef. Quitarme la espada à mí
para injurias, eso no.

Sale en cuerpo de jubon, sin sombrero, y la espada desnuda.

Que son desayres que manchan
sangre, lustre, fama, honor.
Apenas me hallo conmigo,
que un susto que hiere atroz
al mas valiente le postra
vigor, fuerza, pulso, accion.

Mar. Pero quién habla aqui dentro? *ap.*
Josef. Mas quién suena en el salón? *ap.*
Mar. Esforzaos, aliento mio.
Jos. Animemonos, valor.
Mar. Ola, quién::- *Muda la voz.*

Jos. La Reyna es esta. *ap.*
Mar. Profana:- *Jos.* Perdido soy. *ap.*
Mar. Atrevido:- *Jos.* Fuerte lance! *ap.*
Mar. Este sagrado. *Jos.* Ay dolor!
Mar. Pasos siento, y no responden. *ap.*
Jos. Huyamos de la ocasion.

Van andando por el tablado como à obscuras, Josef tentando por hallar la puerta, y Mariana siguiendole.

Mar. Pues por vida:-
Jos. Yá no atino
con la puerta.
Mar. Que haga yo:-
Jos. Ay tal desdicha!
Mar. Pedazos
al autor de la traicion.
Jos. Que asi desatine un miedo! *ap.*
Mar. Que asi se atreva un traydor! *ap.*
Jos. O pesar de mi fortuna!
Mar. O pesar de mi pasion!
mas yá he hallado.

Encuentranse en medio del tablado, ella le asirá del brazo, y él procurará desasirse.

Jos. Señora?
Mar. Con quien aleve. *Jos.* No son
ofensas, sino recatos
los que piensas. *Mar.* Yá el rumor
suenan algunos despiertos:
ola, luz aqui. *Jos.* Quién vió *ap.*
que una lealtad se convierta
en especie de traicion!

Salen à un tiempo Isabél con luz por la puerta que salió Mariana, Salomé à medio vestir por la que salió Josef, y en conociendose se aparta Mariana à un lado, y Josef à otro, todos admirados, y confusos.

Isab. Señora, quién?
Salom. Quién hermana?
Isab. Mas ay Cielos! *ap.*
Salom. Mas ay Dios! *ap.*
Josef, mi esposo aqui,
y des o npuestos los dos
à obscuras, y sin testigos!
detente imaginacion,
que para muger zelosa
es insufrible rigor,
desmentir, que no hay ofensa
en riesgos de la ocasion.
Mar. Ni sé lo que por mí pasa,
ni sé lo que viendo estoy;
porque hay lances tan urgentes,
que al desengaño mayor
le harán que verdades juzgue
mentiras que el daño urdió.
Josef estará corrido,
pues se mira entre las dos
con la culpa hecha cordel,
y arrastrando la razon.
Salomé estará zelosa,
confusa Isabél, y yo
entre agraviada, y confusa,
mar de penas hecha estoy.
Deshaganse, pues, los nudos
de este aprieto, y sin ficcion
diga cada qual la causa,
que à este lance le movió.
Apurese esta verdad,
porque una imaginacion,
hecha escandalo del vulgo,
mancilla mucho un honor.
Y pues yo fuy la primera
à quien qual dormida flor
rápido cierzo de asombros
de todo el lustre la ajó;
pues fuy la primera, digo,
que arrastrada de un temor,
violentada de una injuria
vine aqui, dadme atencion:
Del Pontifice Hircano Regia alcuña,
q̃ aun oy con la vejéz la espada empuña
contra Antígono aleve su sobrino,
porque llevado de un feral destino
la dignidad le usurpa, y la corona,
y ésta segun la fama lo pregona,
à Herodes mi marido se la han dado
el Cesar Marco Antonio, y el Senado,
porque segun sus leyes,
yá los Romanos quitan, y hacen Reyes;
de aquesta, pues, estirpe esclarecida
construy los preludios de mi vida,
y à la primera Aurora de Diana,

me

me apellidaron la hermosa Mariana,
como si con llamarse, ò ser hermosa
vinculase una dama lo dichosa;
porque antes de ordinario la ventura
huye à todo correr de la hermosura.
Caséme qual sabeys, casi forzada,
porque siempre al amor fuy roca elada,
si bien estimo, y quiero à mi marido,
segun la obligacion con que he nacido,
que no consiste, no en lo cariñosa
ser la muger honrada, y virtuosa.
Abrevio el prologo, y callo por sabidas
las desazones mal, ò bien reñidas,
que hay entre dos casados
quando son naturales encontrados.
Antígono ayudado de los Partos
causó en Jerusalén horrores hartos,
y Herodes mas atento
huye el estrago que miró sangriento;
dexame en este fuerte
mientras procura mejorar su suerte;
danle como yá he dicho la Corona,
honra toda debida à su persona,
y estandole esperando vér triunfante,
me sucede un presagio semejante.
Apenas (bien empiezo) apenas digo
mal hallada conmigo
(que la que es infeliz, y desdichada,
aun consigo mismo está muy mal ha-
llada)
me recogí esta noche à mi Palacio,
y al sueño me rendí por breve espacio,
quando soñaba (si es que lo soñaba)
que un hõbre ázia mi lecho se acercaba
cubierto el rostro, y descubierto el pe-
todo à lo bravo hecho, (cho,
libres los brazos, viles las acciones,
y sin formar razones
con alhagos villanos
à asir me fué grosero de ambas manos.
Visteys al aspid, que en la verde gra-
aliña cauto mal mullida cama, (ma
y sin prestarle antídoto el veleño
rinde todo el veneno al dulce sueño,
y el labrador que llega descuydado
le pisa acaso, ò cogele el arado,
y sintiendose herido
rebuelve del coraje enfurecido,
y contra quien le bruma, hiere, y toca
rayos bibra en ponzoña por la boca?
Pues yo del mismo modo al vér tocarme
de mano agena, empiezo al punto à
armarme
de tantas iras, colera, y enojo,
que por ojos, y boca fuego arrojo.
Asustada, colérica, impaciente,
la sangre aun con lo elado algo caliente
(porque en batalla q̃ al honor se apela,
la sangre aunque se asusta, no se yela)
descompuesta la ropa (que si riño
es escusado, claro está, el aliño)
aũque en lo que tocó à pechos, y cuello,
lo q̃ faltó al cambray, suplió el cabello:
q̃ hay cabellos tambien tan comedidos,
que à un desnudo le prestã los vestidos,
porque no brujulee un mal mirado
lo que solo à un marido es reservado.
Asi, pues, de revuelta ardiendo en furia
el rebozo le quito al que me injuria,
y conozco (ay de mí!) que es mi marido,
q̃ desnudo un puñal (pierdo el sentido!)
me amenaza cruel (ò lance fuerte!)
y viendome yá en manos de la muerte
cubreme de un sudor, toda hecha un
con ansias llamo al Cielo; (yelo;
voy à tenerle el brazo, falta el brio,
mirole tierna, y digo esposo mio?
y al pronunciar fué la pena tanta
que anudada la voz en la garganta
me rendí entre el desmayo, y la congoja,
marchita flor, que un cierzo la deshoja.
Quedóse entonces, pienso, enternecido;
que no es bronce un marido,
que al vér difunta el alma q̃ ha adorado,
por mas que se sospeche de agraviado,
dexe de hacerse todo à la ternura,
que es gran idolo à un hombre la her-
mosura.
Dexando, pues, el golpe en el amago,
suspende el que iba à hacer sangriento
estrago;
toma la puerta, y yo mas alentada
salto del lecho, y asi mal aliñada
hasta esta quadra le salí siguiendo,
hallome à obscuras; siento que anda
huyendo

otra persona ; y yo mas en el caso,
apurandole al miedo todo el vaso,
procuro conocerle , y al ruido
salís las dos , y hallays que tengo asido
à Josef de este brazo:
Cuente él aora, dexado el embarazo,
vergüenza , susto , y miedo q̃ le oprime,
como,con quien, y aquí la espada esgri- (me?
Jos. Hermosísima Mariana,
à quien yá respeto , Reyna,
precioso imán de las luces,
bella emulacion de estrellas,
aunque Salomé me escuche
tan zelosa como atenta,
y aunque de nombre de agravios
à fementidas sospechas.
Diré lo que me ha pasado,
sin permitirle à la lengua
reboce con los engaños
las verdades desembueltas.
Apenas me contó el tiempo
veinte hermosas Primaveras,
y en galanteos de mozo
dí la libertad apenas,
quando una hermosura noble,
corsaria de las bellezas,
vandolera de las vidas,
pirata de las potencias,
me robó el alma de modo,
me cautivó de manera,
que con ser libre el arbitrio
la hube de adorar por fuerza;
pero con tanto decoro,
con tal arte , con tal cuenta,
que jamás supe su gusto,
ni supo mi aficion ella;
bien es verdad , que los ojos
se hablaban medio por señas,
y en silencio se decian
lo que callaban las lenguas,
que para amarse dos almas
quando las rige una estrella,
no es menester que se hablen,
basta solo que se vean.
Al tiempo , pues , que infelíz
iba yá à romper la nema
del secreto , haciendo esposa,
la que idolatraba prenda,
la hallé casada con otro,
y empecé à llorarla agena.
O mâl haya , amen , el hombre,
que cae por su neglicencia
de la cumbre de unas glorias
al abismo de unas penas!
En fin , callado à lo cuerdo,
matando en el pecho el Ethna
que me abrasaba , y borrando
el hechizo de la idéa,
díme por desentendido
de aquel amor , porque es mengua,
en quien es hombre de bien
dexar rastros , ò dár muestras
de amor , que no ha de lograrlo
con humanas diligencias.
Hable la experiencia , hable
el mundo , pues no hay quien pueda
decir que en mi pecho vive,
rige , asiste , manda , y reyna
mas muger que Salomé,
aunque no me lo agradezca,
porque con ella casado
olvidé el amor de aquella.
Al punto , pues , esta noche
cubrió el ayre con vayetas,
y entre los muchos silencios
aliñaba por lo negra
la cama en que duerme el dia,
tendiendo colcha de estrellas,
quando estando con mi esposa
despues de delicias tiernas
librado en un grave sueño,
juzgo soñando , que llega
desaforado aquel hombre,
que en mi amorosa tragedia
me ganó por mas dichoso
la joya que amé primera.
Arrebatame la capa,
y del cinto me descuelga,
el puñal, mirame ayrado;
y yo, la cólera immensa
hecha dogal , y el juicio
apurado en la impaciencia,
le pregunto : que qué busca?
que qué quiere ? que qué intenta?
lo que intento , y lo que busco,
respondió con faz serena,

es matar à mi muger
con armas, y capa vuestra.
Desapareció con esto,
y yo al rayo de la pena,
al golpe del sobresalto,
al susto de la inclemencia;
desperté sudando yelos,
la vida en intercadencias,
el valor desquadernado,
falto el pulso, el alma muerta:
sosiegome un rato, y como
un sueño trágico aprieta
mucho, quando toca en parte
que hay quien lo llore, y lo sienta,
requiero à tiento la ropa,
y escucho si está despierta
mi esposa, siento que duerme,
y llevado de una necia
curiosidad, dexo el lecho,
y à medio vestir, y apriesa
tomo la espada, y saliendo
con pisadas bien secretas,
vine à vér si encuentro al hombre,
que tantos sustos me cuesta.
Me hallé Señora, contigo,
harto Sol para tinieblas,
harto Norte para golfos,
harta luz para tragedias;
y pues yá están apuradas,
que han sido locas quimeras,
y fantásticas ficciones
las que à todos nos desvelan:
recogete tú à tu quarto,
y dandonos tu licencia,
irémos à darle al sueño
lo que de la noche resta.
Mar. Con mas confusion me voy.
Jos. Dexe los miedos tu Alteza.
Vase Josef por la puerta que salió.
Mar. Y tú Salomé, qué dices?
Sal. Que aun no sé si estoy despierta
segun lo que escucho, y veo.
Mar. Muerta voy.
Vanse Mariana, è Isabél.
Sal. Y yo mas muerta
me voy abrasada en zelos,
de vér con la desvergüenza,
que habla Josef en su dama
estando yo en su presencia.
Mucho llevo que pensar
de estos sueños, que à una mesma
hora à los dos los perturban,
los asustan, los despiertan,
y los sacan de sus camas,
y los hacen que se encuentren
sin luz, à obscuras, y solos:
ò pesia à mi mal, ò pesia
con quien à vista de agravios
pueda hacerse à la paciencia.

Vase, y salen Josef, y Lázaro con aderezo de vestir en un azafate, ropilla, valona, capa, sombrero, y espada. Toma primero la ropilla, se la irá vistiendo con los despechos, que pidiere el verso.

Jos. Dame, Lázaro, el vestido,
y dexa de ser cansado.
Laz. Qué Demonios te han picado
para hacer tan mal marido?
pues dexando à una muger
en la cama como un Sol,
sales à hacer caracol
antes del amanecer?
Bueltas dás, y tornos haces,
yá te elevas, yá suspiras,
yá al Cielo levantas iras,
yá escupes al suelo agraces.
Jos. Que no le aproveche à un hombre
andar fino, y ser leal?
qué no le baste su mal
de quien le agravie, ò le asombre,
sino que haya de sufrir
los zelos, è impertinencias
de una muger? *Laz.* Mil paciencias
se pueden à Dios pedir,
para cosas semejantes.
Jos. La pretina.
Lázaro le irá dando lo que pidiere.
Laz. Mas Señor,
díme por tu vida, hay flor
como estárse dos amantes
diciendose à media noche
una, y otra quemazon,
y hacer luego la razon,

aun-

aunque sea à troche moche?
Jos. La balona : mi mal crece;
que hay ley que obligue à un honrado,
à aborrecer lo que ha amado,
y à querer lo que aborrece?
dura prision! fuertes grillos!

Sale Salomé yá vestida.

Sal. Quien que ases del cabello
esta ocasion. *Laz.* Aqui es ello: *ap.*
yá escampa, y llovian ladrillos.

Ciñendose la espada, y paseandose sin mirar à Salomé.

Jos. La espada : muger terrible! *ap.*
Sal. Solo por una razon,
tanto enojo, y desazon?
Que estés tan ciego es posible,
que à mis ruegos marmol frio,
aspid sordo à mis favores,
todo para mí rigores,
todo para mí desvio,
y no tengo de llorarlo?
y que reñirlo no tengo?
Jos. Con no mirarla me vengo. *ap.*
Laz. Ello mejor es dexarlo
mientras pasa la mohina.
Sal. Bien haces de no mirarme.
Jos. Ponme esa capa, y vé à darme
un caballo.

Ponele Lázaro la capa, y sombrero.

Sal. Mal se atina
quando un hombre anda de mal,
quizá por nuevo querer,
à mirarse en su muger,
si hay por allá otro cristal.
Jos. Salomé, viven los Cielos
que no te ofendo, ni agravio;
cierra à las quexas el labio,
pon freno à tus locos zelos.
A recibir à tu hermano
salgo, template te ruego.
Sal. Como podré en tanto fuego?
Laz. Ea, yo tomo la mano
para estas paces: Señor
llegate à ella, por tu vida,
que está de zelos perdida,
y es muger, y tiene amor.
Jos. Vé à lo que te mando, y calla,
no irrites mas mi paciencia.

Llega Lázaro à Josef, que estará en l. una punta del tablado, y en la otra Salomé.

Laz. Cargo es por Dios de conciencia
si no llegas à abrazalla.
Jos. Yo abrazar? *Sal.* Pues yo abrazar?
Laz. Señora acercate un poco.
Sal. Ola, Lázaro, estás loco?
Jos. Loco, quieresla dexar?
Laz. Muy bien dices, muy bien haces,
porque es locura à mi vér
entre marido, y muger
entrar nadie à poner paces.
Mas destierrense yá enojos,
cese yá tanta crudeza;

A ella señalando à él.

mira aquella gentileza;

A él señalando à ella.

Jos. Porque me parto, Señora,
os doy los brazos. *Laz.* Pegó *ap.*
lindamente el cebo. *Sal.* Y yo

Abrazanse.

un alma os doy que os adora.
Laz. Ea, yo voy à ensillar:
Dios os haga bien casados,
porque andar siempre en enfados
son cosas para rabiar.

Vanse, y tocan un clarin, y caxas, y sale el Rey Herodes con baston de General.

Mirando adentro, dice el primer verso.

Rey. Cesen clarines, y caxas,
que quando encuentro desayres,
no es bien que el clarin me nombre,
ni que me pregone el parche.
Quando arrastrando victorias,
tremolando tafetanes,
yá Rey de Jerusalén
me aclama el mundo triunfan e,
el castillo de Masada, t
custodia, en cuyos celajes,
me guarda la mejor perla
que vió el nacar en cristales,
tan embuelto está en silencios,
tan sordo, tan mudo yace,
que no hacen la menor salva
de sus altos omenajes.

Qué

Qué habrá sucedido, Cielos,
para que tan mal me traten
en honras siempre debidas
à las altas Magestades?
Si se habrá muerto Mariana?
ò pensamiento cobarde,
calla, y no dés à la lengua
el pesar que imaginaste!
Si fuera muerta mi esposa,
quando una alma en dos mitades
igualmente nos aníma
toda junta en cada parte,
no era forzoso, que yo
en parasismos leales,
despulsados los alientos,
y roto el vital estambre,
hubiera tambien pasado
los destrozos de cadaver?
claro está; pues si me miro
sano, animoso, arrogante,
no es claro que este valor
lo aníma todo aquel Angel?
Pues siendo Mariana viva,
dulce Angel de voluntades,
bello hechizo de las flores,
blanco armiño de los Alpes,
qué fracaso, qué desdicha,
qué infortunio, y qué desastre
puede haber acontecido
para descuydos tan grandes?

Mirando à lo alto del vestuario.

A del Castillo, Soldados,
vuestro Rey llama, escuchadme,
Herodes soy, atendedme,
si es viva mi esposa, nadie
se embarace en peña alguna,
aunque entre la sed, y hambre
del cerco hayan perecido
toda mi casa, y mi sangre,
aunque me hayan sido aleves
los mas finos Capitanes,
aunque hayan en mis tesoros
hecho estragos formidables,
aunque me hayan hecho insultos,
aunque hayan muerto à mi padre,
porque viviendo Mariana,
tengo un Cielo, y es bastante.
Mas yá en un potro, que al viento
le ha robado todo el ayre,
sin que le presten las alas
rigores del acicate,
se acerca un joven gallardo,
que con el tropel que trae,
entre la espuma, y el polvo,
que el fogoso bruto esparce,
parece rayo de Jupiter,
ò algun aborto de Marte.
Yá bizarro de la silla
con ligereza se abate,
y à mí se viene, y conozco
que es Josef: salgo à abrazarle.

Sale Josef, y tropieza al salir.

Jos. A tus pies:- Valgame el Cielo!
Rey. Cómo es esto, tropezaste?
Jos. No es mucho que me deslumbre,
llegando à tus pies Reales.
Rey. Aqui están, Josef, mis brazos;
mas antes que en cosas hables,
dime cómo está mi esposa?
Jos. Buena, bizarra, y galante,
aunque llorando, y sintiendo
de tu ausencia los achaques,
ella sale à recibirte.
Rey. No quiero mas dicha: dame
otras mil veces los brazos,
y en pago de nuevas tales
serás Virrey de mi Imperio,
y un mundo quisiera darte.
Jos. Soy tu esclavo. *Rey.* Eres mi amigo:
y mi hermana? *Jos.* Tambien sale
à recibirte: está buena.
Rey. Huelgome: Dios te la guarde.
Jos. Para causa de mi muerte. *ap.*

Tocan caxas, y un clarin, y saldrán Soldados de acompañamiento, y luego Salomé, Isabél, Lázaro, y detrás Mariana, à quien todos irán haciendo acatamiento, hasta que llegando al Rey la recibe alborozado.

Rey. Abatan los estandartes
à las plantas de mi esposa.
Mar. Yá será lisonja en valde,
quando yo estoy à las tuyas.
Rey. Aun mi pecho es poco atlante
para un Cielo, en quien adoro

un Sol, un alma, y un Angel.
Cómo estás? *Mar.* Buena me siento:
traes salud? *Rey.* Para adorarte:
y tú, Salomé, no llegas?
Sal. Muy tu hermana como sabes.
Mar. Que aborrezca yo à este hombre,
quando mas finezas me hace: *ap.*
no sé qué estrella es la mia!
Rey. Que de tal suerte me arrastre *ap.*
de esta muger el hechizo,
que aunque vea sus desayres
mas me encanta, y enamora!
Jos. Qué inquieto el corazon late, *ap.*
qué sin sosiego anda el pulso,
qué sin brio está la sangre
despues que he mirado al Rey
con la misma forma y trage,
que à noche la fantasia
me le presentó espantable?
Rey. Mariana? *Mar.* Qué me quieres?
Rey. Que con mas gusto me hables.
Mar. No sabes que este es mi dexo?
Laz. Y es un dexo de vinagre.
Mar. Cuentanos de tu jornada.
Rey. Pues tú gustas, escuchadme:
Despues que me salí huyendo
por los montes, de peligros
que ocasionaron las armas
de los rebeldes bullicios,
dexandoos bien pertrechados
en este excelso Castillo,
roca opuesta à los baybenes,
fuerte defensa à los tiros;
me fuí para el Rey de Arabia
implorando sus auxilios,
y como bárbaro en fin
rompió las leyes de amigo:
que está el mundo tan ingrato,
que en viendo à un hombre caído,
le faltan todos negando
hasta à los padres los hijos.
Viendo, pues, que en toda la Asia
no me quedaba camino
para llevar adelante
el rumbo de mis designios,
determiné de valerme,
fiado de mis servicios,
de las Aguilas Romanas,
à cuyo poder invicto,
son feudatarios los Orbes
desde el Austro al Polo frio.
Mas sabiendo que Cleopatra,
Reyna excelente de Egypto,
es del grande Marco Antonio
todo el mando, y el hechizo,
quise llevar sus favores,
y hallé en ella tanto asilo,
tantas honras, y finezas,
tanto agasajo, y cariño,
que à no tirarme del alma
la que idolatro cautivo,
en su Reyno me quedára
à pagar sus beneficios.
Con cartas suyas fui à Roma,
y anduvo Antonio tan fino,
que hablando en mi causa al Cesar,
y los dos bien entendidos
de Antígono, y sus maldades,
me fueron los dos padrinos,
para que todo el Senado
me diese todo su auxilio.
No pienso ha llegado hombre
à la dicha en que me he visto;
pues habiendo entrado en Roma,
pobre, estraño, y fugitivo,
salí en siete dias solos
Rey electo, honrado, y rico,
y en medio de los dos hombres
mayores que tuvo el siglo.
Cargado, pues, de estas honras,
en un embreado pino,
cometa errante del mar,
potro alado de sus vidrios,
me hice à la vela, y llevando
los vientos siempre propicios,
en menos de treinta dias,
que por mares, y caminos
gasté sin darle al cansancio
la menor hora de alivio,
llegué à Siria, alli mostré
mis despachos à Ventidio,
para que con sus legiones
Romanas, fuera conmigo
à meterme en posesion
del Reyno; y aunque al principio,
de Antígono sobornado,

anduvo muy floxo, y tibio;
que el oro, y dádivas siempre
ablandan pechos de risco)
en fin, de Antonio avisado,
que cumpliese bien su oficio,
juntandome once legiones,
con otros treynta mil Sirios,
y mas de seys mil caballos,
puse à Jerusalén sitio.
Cinco meses duró el cerco,
en el qual tiempo tuvimos
hartos encuentros, y en uno
me vide en harto peligro.
Fue el caso, que habiendo un dia
hostigado al enemigo
junto à una pobre aldehuela,
y dexando en sus ergidos
promontorios de hombres muertos
en su misma sangre tintos,
como escapé de la lid,
tan fatigado, y rendido,
busqué en una casa alvergue,
y en un lecho sin aliño,
desnudandome las armas,
y quitando los vestidos,
me eché à reposar un rato;
quando agavilladas miro,
que de otro aposento oculto
(donde al parecer huídos
estaban) salen tres hombres
cada qual su acero limpio
en la mano, y sin osar
embarazarse conmigo
(aunque pudieran matarme)
se huyeron despavoridos.
Dexé el descanso, que en caso,
que hay avisos con prodigios,
no es valor, sino locura,
menospreciar los avisos.
Apreté entonces el cerco,
y entrando por un portillo,
que à fuerza de los trabucos
desmoronaron los tiros,
cien hombres los mas osados,
y siguiendo su designio
otros, no menos valientes,
se abrieron tanto camino,
que dentro de pocas horas
los omenages altivos
de la gran Jerusalén,
y sus ricos edificios
se poblaron de Romanos,
hechos tumbas de Judíos.
Fué el estrago tan sangriento,
tantos los muertos, y heridos,
que hechas las calles arroyos
de sangre, formaban rios.
Creciera mas la matanza,
si yo al verlos yá sin brios,
pidiendo misericordia
entre voces, y alaridos,
no mandára que cesasen
muertes, robos, maleficios,
y en especial desacatos
contra el Templo, y sus Ministros;
que aunque sea en cruda guerra,
es bárbaro desatino,
digno de un castigo eterno,
profanar lugares pios,
y en los que piden clemencia
executar homicidios.
Cesó el cerco, y la crueldad,
aunque el Romano caudillo,
que pensaba con los robos
tornar sus soldados ricos,
lo sintió mucho; mas yo
le agasajé comedido,
resarciendole con dones
los que evité desperdicios.
Con esta accion entre el pueblo
gané aplausos infinitos,
arrojandose à mis pies
los mas rebeldes rendidos.
Perdon general dí à todos,
salvo al perverso, y maldito
de Antígono, como à causa
de los daños sucedidos.
Preso le remití à Roma,
y allá Marco Antonio hizo
que pagára con la vida
sus trayciones, y delitos.
Sosegué, en fin la Ciudad,
mostréme à todos propicio,
tomé posesion del Reyno,
entré en el Alcazar rico,
pagué, y despedí al Romano,

agasajé à los vecinos,
hice mercedes, dí indultos,
honras, gracias, beneficios.
Y aunque soy Ascalonita,
porque viesen los Judios,
que mas que sus proprios Reyes
les he de observar sus ritos,
creé Pontífice Summo:
y el Templo, pasmo del siglo,
que edificó Salomón,
y que le asoló el Asirio,
trato de reedificarle
con los aparatos mismos
de magestad, y grandeza
con que floreció al principio.
Tu padre Hyrcano, y mi suegro,
que arrastrado, y fugitivo
moraba allá en Babilonia,
yá le tengo conducido
à Jerusalén, y alli
con Alexandra, y contigo,
esposo, è hija, ambas Reynas,
remozará sus prolijos
años, y reynareys todos
en mi gusto, y alvedrío.
Vamos, Mariana, à la Corte,
porque en solio cristalino,
coronandote las sienes
del sacro laurél que ciño,
goces descansos, yo glorias,
tú favores, y servicios,
yo consuelos, y alegrías,
tú regalos, y yo alivios.

Mar. Dilate el Cielo tu imperio
hasta los remotos Indios,
y haz de mí quanto mandares:
poco mis penas reprimo, *ap.*
pues con nada tengo gusto.

Rey. Subamos, pues, al castillo,
mientras descansan mis gentes.

Jos. Holgaránse los vecinos,
gran Señor, con tu presencia.

Laz. Si es que merece un mendígo
gozar algunas migajas,
relieves, ò desperdicios
de tu esplendidéz, permite
ponga en tus pies mis hocicos.

Rey. Quién eres? ***Laz.*** El protector
de todos los Lazarillos.

Rey. Qué gente es esa? ***Laz.*** Una gente,
que con un dictamen pio
sirven de guiar los ciegos,
aunque quitan de camino
la vista à muchos. ***Rey.*** Pues cómo?

Laz. Engañando à motolitos,
quitandoles la pecunia.

Jos. Dirá, Señor, desatinos,
si le escuchas.

Rey. Y es tu nombre? ***Laz.*** Lázaro.

Rey. Te irás conmigo?

Laz. No iré. ***Rey.*** Por qué?

Laz. Porque yo
soy esclavo de quien sirvo,
y un esclavo sino tiene
mucho de ungüento amarillo
con que poder rescatarse,
siempre se queda cautivo.

Rey. Daránte quatro talentos.

Laz. En tocando iré contigo.

Rey. Vamos, esposa, que es tarde.

Mar. Vamos, Señor.

Vanse, haciendo à la entrada sus cortesias, entrará delante el Rey, luego Mariana, y despues los demás, y quedase Josef.

Jos. Sin juicio
estoy de considerar
quanto toco, y quanto miro.
A noche soñé, que el Rey
procuraba embravecido
sacar à su esposa el alma
por mil rojos orificios.
Ahora le veo tan hecho
al agasajo, y cariño,
que aunque ella está desdeñosa
la idolatra los desvios.
Luego me engañó la idea?
Claro está, pero qué hechizo
tiene esta muger de mí,
si al paso que me lastimo
de sus penas, y desgracias,
me embarazo al paso mismo
de vér que la hacen finezas:
valgate Dios por prodigio!

Buelve el Rey à salir.

Rey. Josef? ***Jos.*** Señor. ***Rey.*** Escucha:

yá sabes que eres mi amigo.
Jos. Mi Rey eres. *Rey.* Dexa ahora
ceremonias, y artificios,
quando te abro de mi pecho
el mas secreto escrutinio.
Jos. Pues qué mandas? *Rey.* Yá sabrás,
que aunque por advenedizos
nos trata el Hebreo, somos
del linage claro, y limpio
de Antipatre, Griego Alcides,
Campeon de Alexandro invicto.
Hablan en secreto, y Mariana sale al paño.
Mar. O, si desde aqui pudiesen
percibir bien los oídos
algo de lo que me afligen
mis sospechas, y juícios!
Lázaro al paño por la otra puerta.
Laz. Desde estos troncos acecho,
no sea que el secretillo
le arme à mi amo algun lazo,
que este Herodes es maldito.
Jos. Supuestas obligaciones,
dime yá en lo que te sirvo.
Rey. Mira Josef, yo me hallo
tan zeloso, tan perdido,
que me están royendo el alma
ponzoñosos basiliscos.
Jos. Valgame el Cielo, qué es esto!
Mar. Ay de mí! zeloso dixo. *ap.*
Rey. Yo idolatro en Mariana
tanto, que, ò son bebedizos,
que me ha dado el mismo amor,
ò son de encanto prodigios.
Laz. Mosca tiene el buen Herodes
segun andan los respingos.
Rey. Mas à saber, vive Dios,
que los rayos del Sol limpios
la miraban en mi ofensa,
à rayos de incendios mios
le destrozára sus rayos,
ò le abrasára sus giros.
Laz. Por Dios que hay escamonea;
no doy por mi vida un pito.
Jos. Todo estoy hecho de marmol! *ap.*
Mar. Toda soy un marmol frio!
Jos. Pues quién, gran Señor à tí?
Rey. Tú, Josef. *Jos.* Yo soy perdido! *ap.*
Mar. Muerta soy! *Jos.* Yo à tí Señor?
Rey. Oye. *Laz.* Desde aqui las lio.
Rey. Tú sabes, digo, si acaso
à mi esposa le han escrito?
Jos. Alentad yá corazon. *ap.*
Mar. Cobremos, alma, algun brio,
Rey. Las pesadumbres, y riñas,
que con su madre he tenido,
sobre achacarme las muertes
de Aristóbolo su hijo.
Mar. Ay hermano de mi alma!
Rey. Y de Antígono el impío,
con otros de su linage,
objetandome el arbitrio,
para conservarme Rey,
dár fin al esclarecido
linage de Machabeos,
cuyo derecho les quito?
sabráse esto por acá?
Jos. Aunque se ignora, imagino *ap.*
es bien decir, que se sabe,
con que atajaré el delirio
del Rey zeloso, que piensa
que proceden los desvios
de su esposa de otra causa.
Mar. O, si sabrá deslucirlo!
Rey. Qué imaginas?
Jos. Gran Señor,
discurriendo estoy conmigo,
y me acuerdo que tu esposa
tuvo un dia cierto aviso,
que hasta ahora le ha encubierto,
y hecha toda à los suspiros,
dada à las lágrimas toda,
desde entonces no la he visto
su rostro alegre: esto pasa.
Mar. O, qué bien lo ha divertido!
y mas yendo yo yá en ello
à llorarlo, y à sentirlo. *Entrase.*
Rey. Su madre la escribiria,
y si es eso, llore siglos,
que yo que retratos suyos
en poder ageno he visto;
pensaba viven los Cielos,
viendo su poco cariño,
que estaba à otro lado el gusto,
(que mal hago aun en decirlo)
y si asi fuera, pasmára

al mundo con su castigo.
En el honor ni en el cetro,
nadie, nadie me haga tiros,
que no están de mí seguros,
deudos, padres, muger, ni hijos. *vase.*
Jos. Muchos avisos son estos:
pensamiento, id advertido,
que si encontrais con un Rey,
será echaros à peligros. *vase.*
Salga al tablado.
Laz. Y yo de parte de Dios
requiero con este aviso,
que se guarden deste Herodes
hombres, mugeres, y niños,
porque yo le veo con ojos,
que yá que no haga tocinos,
ha de atocinar à tantos,
que aun el mismo Jesu-Christo
no se ha de asegurar dél,
si no se vá huyendo à Egypto.

JORNADA SEGUNDA.

Salen por una puerta el Rey en jubon, y con la espada desnuda en la mano, y una luz, y una carta en la otra: y por la otra puerta saldrá Josef de la misma forma con espada, y otra luz.

Rey. Has requerido esas puertas?
Jos. Sí Señor, todo está solo,
todos los quartos vacíos,
y hechos al silencio todos.
Pero qué causa, qué causa
inquieta à tu pecho heroyco,
para negandote al sueño,
y faltandote al reposo,
salir à la media noche
de tu cama, y con ahogos,
con suspiros, y con ansias,
dár bueltas de un quarto en otro,
ir à llamarme confuso,
recibirme algo lloroso,
mandarme mire el Palacio,
sin hallar en quanto toco,
sino es despechos que miro,
y confusiones que ignoro?
Qué es esto, Señor, qué es esto?
Rey. Ay, Josef, que estoy loco!
tan sin saber lo que busco,
que apenas sé de mí proprio;
que quando acometen juntos
los males, y los asombros,
anda el alma en alta mar,
y aunque el juicio es el piloto,
se embaraza en la tormenta,
y se vá à pique en el golfo.
Traxe à mi esposa à la Corte,
como sabes, y muy otro
hallé à todo mi Palacio,
embuelto en mil alborotos,
causados por Alexandra,
sobre el caso lastimoso
de que yá te di noticia
de haberse ahogado Aristóbolo
su hijo, y cuñado mio;
y como hice tan notorio
al mundo mi sentimiento,
porque muchos maliciosos
me acumulaban su muerte;
yo pensaba que esto solo
se quedaba, como dicen,
aqui para entre nosotros;
pero esta tarde al soltar
las riendas de lúz Apolo,
despeñando sus caballos,
en el Occeano undoso,
siento que apriesa me llaman;
salgo fuera, hallo à un proprio
con un despacho sellado
del Príncipe Marco Antonio,
en que me manda que al punto,
depuestos todos estorvos,
parta para Laodicea
donde se halla, y muy quexoso
de las muertes, y crueldades,
que me acusa el Reyno todo,
en que es forzoso el remedio,
si no hay pruebas en mi abono.
Piensa tú quál me hallaria
leyendo tan rigoroso
decreto, en que el menos mal
para un Rey es el oprobrio.
Pero como en estos lances
es el callar mucho ahorro,

disimulando la pena,
y dando vado al enojo,
doblo el pliego, callo el caso,
y con cautela dispongo,
y hecho voz, voy à otras cosas;
abro, pues, mis escritorios,
tomo joyas, y dineros,
que en los pleytos, y negocios
es el dár la mejor prueba,
y el mejor padrino el oro.
Dispuesto asi mi viaje,
à mi quarto me recojo,
hallo llorosa à Mariana,
y pensando (aqui me corro)
que eran lágrimas por mí
las que bañaban su rostro,
me eché hydrópico à beber
à las fuentes de sus ojos.
Consuelola como amante,
alhagola cariñoso,
hasta que el sueño hizo treguas
entre amores, y coloquios.
Quedó dormida; mas yo,
que entre mis ansias zozobro,
à hacer discursos me arrimo,
y à desvelos me acomodo;
que poco importa la pluma,
y el descanso importa poco,
si hay cuidados que atormentan
hechos verdugos, y potros.
Desvelado, pues, estaba,
quando con un rumor sordo
siento que andan en la puerta,
y de à poco rato oygo,
que con secretos acentos,
y mal pronunciado tono,
me llaman: Ha Rey? ha Rey?
y apenas, quién es? respondo,
sobresaltado en el lecho;
quando dexandome solo
en la mano este papel,
huyó apriesa, sin vér como
quien me llamaba confuso,
y me avisaba piadoso.
Lavántome de la cama,
asustado me recobro:
no digo nada à mi esposa,
à tiento la espada tomo,
requiero à obscuras la quadra,
abierta la puerta topo,
salgo, y tuerzo la llave,
busco una luz, y descojo
el papel, y hallo mi muerte
(luego verás lo que lloro,
que si aora me detengo
podrá acabarme el ahogo.)
Consulto todo el valor,
mil discursos hago, y formo
(si es que está para discursos
quien está de penas loco.)
En fin, como Rey resuelto,
y atado como zeloso,
voy à llamarte à tu quarto,
y hago miremos curiosos
pieza por pieza, la casa,
hasta hallarnos aqui solos
en este retrete: Ahora
cierra esa puerta; y lo proprio
haré en ésta.

Hace cada uno que echa la llave à la puerta por donde salió.

Jos. Vive el Cielo *ap.*
que estoy pasmado, y absorto!

Rey Pon aora aqui esa luz,
y oye atento.

Jos. Yá te oygo.

Ponen las buxias sobre un bufete, y lee el Rey la carta, haciendo pausas de ademanes, y despechos, segun los que pide el caso.

Rey. Lee. Alexandra, vuestras quexas hemos visto, y las juzgamos justas. A Herodes hago llamar à Laodicea, donde asisto con mi campo. No sè como librarà, que aunque, aunque es mi amigo, es antes la justicia; y asi por esto, como por vuestra hija Mariana, à quien deseo vèr en estremo, por la admiracion que causa su retrato, procurarè daros gusto.

Marco Antonio.

Rep. Qué sientes, Josef, desto?

Jos. Que es justisimo tu enojo,

y que Alexandra te vende.
Rey. Y no mas? *Jos.* Pues esto es poco?
Rey. Ay Josef! mal discurres
en mis agravios notorios,
que unos tiran à la vida,
y al honor ofenden otros;
y quando en las dos ofensas
se halla un pecho generoso,
la vida se dexa à un lado,
y cargase al honor todo.
Y asi, aunque siento el agravio
que contra mi suegra formo,
(pues yá conozco que es ella
la que ha escrito à Marco Antonio)
aunque siento que procura
quitarme por todos modos
la fama, el Reyno, y la vida,
aunque siento mi desdoro,
(que lo es grande para un Rey
ir acusado à otro solio)
aunque siento todo esto,
todo es sentimiento poco,
quando à heridas de la honra
rabio abrasado, y zeloso.
Jos. Cómo? O de quién tienes zelos?
Rey. Aguarda, y sabrás el cómo:
No vés, que dice esta carta,
que está Antonio deseoso
de vér à mi esposa? *Jos.* Sí.
Rey. No sé como me reporto,
y que por este respeto
se holgará que tenga logro
lo que Alexandra me acusa?
Jos. Yá lo advierto, y yá lo noto.
Rey. Luego es buena conseqüencia,
que enamorado, no solo
querrá quitarme la vida,
sino deshonrarme, y todo.
Jos. No se sigue bien, Señor,
te suplíco, si no hay otro
fundamento. *Rey.* Hayle tan grande,
que eso es quien me tiene loco.
Estando en Alexandría,
donde Cleopatra, y Antonio
hacen Corte los Inviernos,
dados al regalo, y ocio;
andando un dia mirando
por un salón espacioso
varios quadros, y pinturas,
que arrebataban los ojos,
entró Marco Antonio acaso,
y hablandome cariñoso,
me dixo: Herodes amigo,
aunque los retratos todos,
que aqui de mugeres miras,
son de la hermosura asombros,
atiende, y repara en éste,
que con afecto curioso
Cleopatra le estima en mucho,
y yo en secreto le adoro.
Dicenme, que es una Hebrea,
que se ha alzado con lo hermoso,
tanto, que para Deydad
la han de sobrar muchos votos.
Amola, y no sé quién es,
búscola, su patria ignoro,
temo zelosa à Cleopatra,
callo lo proprio que lloro.
Y pues tú en Jerusalén,
aunque es de hermosuras golfo,
sabrás, claro está, quien sea
la que es ídolo de todos,
dime, dime si conoces
esta beldad que te informo,
porque yo me parta à verla,
à costa de mis tesoros?
Esto me estaba diciendo,
mientras yo pasmado, absorto,
confuso, muerto, sin alma,
estaba vadeando ahogos,
viendo era mi Mariana
tambien retratada al olio,
que la imaginé alli viva
con dexarla entre vosotros.
Como responder no pude,
Antonio me miró al rostro,
y viendome demudado,
y con muestras de zeloso,
qué sientes? (me dixo) y yo,
que esta es mi esposa respondo,
y sin decir mas palabra,
llorando à sus pies me arrojo,
levantame con sus brazos,
y dice con alborozo:
amigo, si es prenda tuya,
aqui acabó mi amor todo.

Es-

Esto me pasó en Egypto,
quando fui à buscar socorros,
ajusta aora, y coteja
los unos cabos con otros,
y verás si es evidente
quanto temo, siento, y lloro.
Jos. Valgate Dios por Mariana, *ap.*
y qué imperio misterioso
tienes en mí, pues que siento
estos zelos como proprios!
Rey. Qué dices, Josef? *Jos.* Que estoy
discurriendo en tus negocios.
Rey. Discurramos.
Jos. Discurramos.
Rey. Paseemonos un poco,
y vá de discurso.
Paseandose el Rey algo furioso, puesta la espada debaxo del brazo, y empuñandola quando lo pida el verso.
Jos. Temo *ap.*
pierda el juicio. *Rey.* Si es notorio,
que Antonio amaba à Mariana,
y ahora escribe aqui Antonio,
desea verla, no está claro,
que podrá en son del negocio
quitarme en Siria la vida,
y alzarse con la que adoro?
Jos. Bien podrá ser.
Empuña la espada contra Josef, y él se vá resistiendo.
Rey. Cómo es esto?
vive Dios de un alevoso.
Jos. Señor, reporta, qué haces?
Rey. Con mi esposa vos, ni otro?
Jos. Yo? Señor, qué es lo que dices?
Rey. Vos à mí? *Jos.* Prodigios toco: *ap.*
mira que hablas con Josef.
Parase el Rey admirado, y muda la voz, como que buelve en sí.
Rey. Ea, pensé que era Antonio:
arrebatóme la furia:
no es mucho, que estoy zeloso,
y zelos, si hacen infiernos,
no es milagro que hagan locos:
Pero bolvamos al caso.
Buelven à pasearse.
Jos. Caso es harto lastimoso.
Rey. Oy, pues, antes que le enjugue
al Alva el Sol los sollozos,
parto Josef, à morir,
porque ir al pleyto es lo proprio
con las sospechas que parto,
y con los riesgos que topo.
A Mariana te encomiendo,
mi Reyno en tus manos pongo;
pero has de jurarme aqui
por el Dios en quien adoro,
que si yo muero, ò me matan
(con harto dolor lo nombro!)
me has de matar à Mariana,
porque es la luz de mis ojos,
y aun despues de muerto yo,
no me la han de gozar otros.
Juraslo asi? *Jos.* Asi lo juro:
ay caso mas portentoso! *ap.*
Rey. Pues con eso iré contento;
pero mira (aqui me ahogo)
que conserves à mis hijos,
pedazos del alma hermosos,
el Reyno. *Jos.* Seré leal.
Rey. Cuydarás por todos modos
de mi Mariana. *Jos.* Servirla
tendré por mi mayor logro,
pues merece su hermosura
que à sus plantas.
Buelve à enfurecerse, y à andar à cuchilladas, y Josef, reparandole los golpes.
Rey. Cómo? cómo?
finezas? *Jos.* Señor reporta.
Rey. Vive Dios, que de los ombros
te he de quitar la cabeza.
Jos. Mira, Señor. *Rey.* No me ahorro
con nadie en tocando à honor.
Josef. Tente, ò perderé el decoro:
yo soy Josef.
Detienese ahora con la misma admiracion, que la vez pasada.
Rey. Tú eres?
baste, pensé que era Antonio.
Josef. Señor, cuyda de tu vida.
Rey. Son los zelos muy furiosos:
vamonos à recoger,
y en el tratado negocio,
Josef, lo dicho, dicho.

Jos. Serás muy servido en todo:
de confusiones voy muerto.
Rey. Y yo voy de zelos loco.
Toman luces, y vanse cada uno por su puerta, y salen Lázaro, è Isabél.
Laz. Si es que podemos yá un rato
murmurar, Isabél mia,
mientras tu ama, y mi ama
se dán dos cardas de riñas,
vá de cuento, dime tú,
pues yá sé lo bien que atisbas,
lo que pasó en tu quartel
anoche, à la despedida.
Habria por plato de ante
requiebros de mantequillas,
y serian las aceytunas
quatro zumbidos de abispas,
porque Herodes, y Mariana
son del amor una cisma,
él muy diablo, ella muy Angel,
él zeloso, y ella esquiva:
y no dudo que haya habido
una bráva tropelía
de zelos, y remoquetes,
con mil pesiás, y por vidas.
Ea, murmura tambien.
Isab. Qué quieres, Lázaro, que diga?
Laz. Serás la primer criada,
que no sabe la cartilla.
Isab. Mi Señora, esta mañana
al pedirme las basquiñas,
la hallé tan hecha à las penas,
y tan deshecha en las iras,
que con ser atrevimiento
me determiné à decirla,
me dixese sus cuidados;
y ella en llanto convertida
como el Alva ::-
Laz. Aguardate,
que aquesa pintura es mia.
Viste al Alva entre las coles,
que madrugandose apriesa,
porque no la aceche el Sol
se anda por las hortalizas;
y el Sol quizás enojado,
por medio la noche fria
se levanta, y pide à voces
salga à darle la camisa:
y ella de vér que la ha visto
desnuda llanto destila,
porque él tenga que enjugarle
llanto, y perlas todo el dia?
pues asi Mariana: ea
toma la hebra, y aplica.
Isab. Lindo humor gastas.
Laz. Pues dí,
no es podrirnos boberia?
Isab. Mi Señora, pues, bañadas
en lágrimas sus mexillas
me contó, que anoche el Rey,
dexandosela dormida
tomó la posta, y partió,
dicen, la buelta de Syria.
Y ella engañada, pensando,
que alli à su lado dormia,
al tentar la cabecera
halló un papel, cuya tinta
era veneno en palabras,
que mal formadas decian:
"Mariana, aunque yo me ausento,
"mirad que estoy à la vista,
"y aunque vuestra madre, y vos
"me vendeys, vendré con vida."
Mira tú, qué sufrimiento
bastará à estas demasias?
Laz. Dices bien, y yo imagino,
que quien esta llama atiza
es mi ama Salomé,
que zelosa de sí misma,
como su hermano, anda hecha
despertador de las riñas.
Isab. Es una falsa, si piensa,
si sospecha, si imagina,
que entre Mariana, y Josef
hay mas que una aficion limpia.
Laz. Isabél, ello está el mundo
de tal suerte, y de tal guisa,
que aunque personas de bien
se hagan honradas visitas,
aquellos que mas mal viven
no les dexarán que vivan;
pero doblemos la hoja,
que salen yá.
Isab. Alli te arrima.
Apartanse cada uno à un lado.

Salen Mariana, y Josef: ella con un papel en la mano, y algo llorosa.

Jos. Si le dais rienda al dolor,
será quitaros, Señora,
la vida, que sé que adora
vuestro esposo, y mi Señor.
Mar. No sé yo, que tenga amor
quien se vá sin despedir;
ni sé que puedas decir,
al dexarme este papel,
amenazandome en él,
como has visto; y al mandar
à mi madre desterrar
de mis ojos, (ha cruel!)
Si Herodes como Tyrano,
dicen, que à mi hermano ahogó,
qué maravilla es que yo
sienta el matarme à un hermano?
Y si à él, dices que es llano,
que le ha causado mi madre,
aunque el modo no me quadre,
no lo extraño, pues colijo,
que hay casos que por un hijo
hará una traícion un padre.
Mas dime, Josef, dí.

Echan de vér à los criados, y al despedirlos se irán haciendo sus cortesias.

Jos. O quien hablarte pudiera!
Mar. Isabél, salte allá fuera.
Jos. Lázaro, vete de aqui.
Laz. Fiar os podeys de mí,
por mas que aya que fiar.
Jos. Borracho, quieres callar?
Laz. Quedo, que aun no lo he probado;
pero yo me voy.
Jos. Qué enfado!
Laz. Quedense à desenfadar:

Vanse haciendo muchas reverencias.

Mar. Dime, Josef, por tu vida,
lo que me fuiste à decir,
que no me espanta el morir,
segun me cansa la vida.
La color tienes perdida;
dime, dime, hay mas rigor?
Jos. Antes es tanto el amor
que te tiene el Rey:- Aqui
se ahoga la voz. *Mar.* Ay de mí! *ap.*
Jos. O qué pena! ò qué dolor!
digo, que el Rey te ama tanto
(yá, Señora, te lo cuento)
que baxo del juramento,
que yá en parte lo quebranto,
me ordenó entre pena, y llanto
(tanto en los zelos se apura)
que porque de tu hermosura
nadie goze, si él faltase,
por mi mano te quitase
la vida (cruel locura!)
estoy tan arrepentido
de vér que se lo ofrecí,
que todo oy no estoy en mí,
ni sé en lo que me he metido.
Mar. Aviso fué prevenido
aquel sueño que tuviste,
pues con tus armas dixiste,
que la vida me quitava
el hombre que mas me amaba.
Jos. Eso es quien me tiene triste.
Mar. Pues mira (perdida estoy!) *ap.*
dexa esa pena, y despecho,
que tengo muy ancho el pecho,
y soy Reyna, y soy quien soy.
Jos. Tú verás que desde oy
te sirvo, y te estimo en mas.
Mar. Y al cabo me matarás.
Jos. No haré.
Mar. Pues, y el juramento?
Jos. No me obliga.
Mar. Y qué es tu intento?
Jos. Querer bien. *Mar.* Oye, y sabrás:
yo, Josef, quise à un hombre,
con tal secreto, y recato,
que él lo ignora, aunque le trato,
y no entiende aunque le nombre;
y para que mas te asombre,
de este recato el valor,
estimo en tanto mi honor,
que antes perdiera la vida,
que me mostrára rendida
al hombre à quien tuve amor.
Una cosa es ser casada,
y estár libre es otra cosa,
que esta puede andar airosa,
y aquella ha de ser honrada:

vivir podré disgustada
en esta amorosa calma,
mas me he de llevar la palma
contra el proprio que he querido;
porque quien tiene marido,
no ha de enagenar el alma.

Jos. Si es esto, Señora, hablar
conmigo, podré decir,
que basta à una alma morir,
sin darla con que penar:
querer bien sin agraviar
se puede donde hay valor,
que aunque es vidrioso el honor,
y de un amor forme agravios,
mientras no sale à los labios
nadie condena à un amor.
Calle, pués, el labio, y calle
el alma en rigor tan fuerte,
sin que riesgos de la muerte
tanto amor puedan quitalle:
alivio en sus penas halle,
mal que no tiene yá cura;
y pues amó sin ventura
la hermosura que perdió,
pasese con lo que amó,
y no ame mas hermosura.

Mar. Si el Rey zeloso qual vés
se ausenta sin vér mi cara,
qué hiciera si se faltára
una muger à quien es?
Yo he de postrar à mis pies
todo pensamiento infame;
y por mas que nos disfame
tu esposa, segun he oído,

Yendose poco à poco.

siempre soy de mi marido,
que le ame, ò no le ame. *vase.*

Jos. Siempre soy de mi marido,
que le ame, ò no le ame;
mucho me advierte la Reyna,
recogeos, pues, pensamientos,
no perdays por atrevidos
lo que habeys ganado cuerdos.

Al entrarse Mariana, suena ruido en la otra puerta como que porfia Salomé à salir, y la detiene Lázaro. Saldrá ahora algo furiosa.

Sal. He de entrar aunque le pese.

Laz. Detente, que soy portero,
y me cargarán la pena.

Todo esto à la puerta.

Sal. Apartate, ò vive el Cielo.

Laz. Al amago de esa mano,
por cuyos cristales dedos
llueven rayos de jazmines,
y granizan caramelos,
me humillo, me rindo, y postro.

Jos. Salomé es esta: à buen tiempo! *ap.*

Sale Sal. Si acaso he estorvado yo
la visita, y no me buelvo,
llamad, Señor, à la Reyna,
y decidla que no vengo
à desazonar sus gustos,
ni à estorvarla sus empleos,
que estará ahora penada
muy hecha à los desconsuelos,
muy de lágrimas sus ojos,
y habrá menester entiendo,
para no anegarse en llanto
el alivio de los vuestros.
Decidla, que no se aflija,
que aunque anduvo el Rey grosero,
por el logro de su ausencia,
podrá perdonarle el yerro.
Mas para qué os doy leciones,
quando vos sois tan atento,
que sabréis acariciarla,
con donayres, con aseos,
con alhagos, con finezas,
y aun iba à decir requiebros,
si no temiera la lengua
herirla con los acentos!

Jos. Eso no es para escuchado.

Buelve las espaldas como que se vá.

Sal. Ni para sufrido aquello.

Jos. Son malicias quanto piensas.

Sal. Son verdades quantas veo.

Jos. Lazaro, vente conmigo.

Desde la puerta.

Sal. Lazaro, estate aqui quedo.

Laz. Voy, y no voy.

Hace que se vá, y buelve las veces que pide el verso.

Jos. Qué te mando?

Laz. Digo, Señor, que obedezco.

Sal. Qué te digo? *Laz.* Aqui me estoy.

Jos.

Jos. Libre Dios de un majadero.
Laz. Pues, Señor, aqui de Dios,
como, ò de qué suerte puedo
con dos dueños encontrados
servir à un tiempo à dos dueños?
Uno vén, otro no vayas,
uno grave, otro severo,
uno Tygre, otro Olofernes,
uno loco, otro protervo,
uno amenazando furias,
y otro mirandome al sesgo.
Y no soy aqui mas de uno,
y asi concertaos primero,
ò dexadme en hora mala,
ò llevadme à los Infiernos.
Jos. Quedate, pues, à servirla. *vase.*
Laz. Venció el femenino sexo:
ò mugeres, ò mugeres,
y qué poder es el vuestro,
pues quando mas ofendeys
nos llevays de los cabellos!
Sal. Para apurar yá mis dudas, *ap.*
y salir de mis rezelos,
he discurrido una traza;
que caba mucho el ingenio
quando en los lanzes de amor
le pican à un alma zelos.
Saca un papel de la manga, ò del bolsillo.
Este papel, que entre otros
me escribió mi ingrato dueño,
quando mas que ahora amante
me hacia sus galanteos,
está equívoco de suerte,
sin nombre, fecha, ni tiempo,
que oy puede à qualquiera dama
aplicarse; y asi intento
ayudado de este mozo
en la traza, y el secreto
embiarsele à Mariana,
como que le embia Josef.
Si ella está de achaque libre,
es fuerza que con imperio
se armára toda de agravios
contra los viles desprecios;
que la que es muger honrada
siente tanto los festejos
atrevidos, que los purga
con mares de sentimientos.
Con que no me estará mal
(ò permitanlo los Cielos)
que eche à Josef de sus ojos,
y me le buelva à mi gremio.
Si está tocada, es forzoso,
que no estrañará los versos;
tomarálos recatada,
y los guardará en silencio;
y entonces visto mi agravio,
y yá el juego descubierto;
mas esto quedese aqui,
que yo sé lo que haré en esto.
Laz. Señores, diranme acaso *ap.*
lo que estará consintiendo
esta muger, toda furias,
y hecha toda vivoreznos?
Que como de zelos rabia,
y al criado muerde el perro,
que sé yo si acaso piensa
que soy el tercero de ello,
y endemoniada procura,
que aqui me tercien los huesos?
Sal. Vá de traza. *ap.*
Laz. Ea, que embiste. *ap.*
Sal. Lázaro mio?
Laz. O qué bueno! *ap.*
mio? yo me endiacitrono,
y hecho alcorza tus pies beso;
mandame quanto quisieres.
Sal. Confiado de tu ingenio,
de tu lealtad, de tu fé,
quiero que para un empeño
me ayudes. *Laz.* Se ha de reñir?
Sal. No, Lázaro. *Laz.* Que à ser eso
lo hiciera de mala gana, *ap.*
Sal. Tú has de llevar con secreto
à la Señora Mariana::-
Sale Mariana.
Mar. Quién me llama?
Laz. A lindo tiempo.
Sal. Allá te hablaré despues.
A Lázaro.
aqui Señora, no pienso
que hay quien te llame; mas yá,
yá lo entiendo, yá lo entiendo,
como aqui Josef estaba
pensariais que era Josef,

yo quiero con tu licencia
llamarle. *Hace que se vá.*

Mar. Qué esto consiento?
Atrevida, desleal,
ingrata, viven los Cielos.

Sal. Paso, paso, Mariana.

Laz. Si aqui no andan los cabellos
à falta de los chapines,
no doy por la riña un bledo.

Mar. Mariana soy con mas honra
que vuestros padres, y abuelos;
pues vos soys una Idumea
sangre intrusa en los Hebreos,
y yo soy de Regia styrpe
sangre ilustre quanta tengo,
que aunque vuestro hermano es Rey,
quizá le dieron el Cetro,
no por derecho que él tiene,
si solo por mi derecho.
Pero dexando esto aparte
(que me corro mucho de esto)
qué modo es, quando mi honor
es mas puro, limpio, y terso,
que esa lampara que alumbra
hermoso velon del Cielo,
qué modo es, digo, que vos
sin prudencia, sin respeto,
sin cordura, sin recato,
desvelada, sin sosiego,
me registreis las acciones,
me andeis los pasos midiendo,
salpicandome la fama
con vuestros infames zelos?
No basta que el Rey mi esposo
ande qual vos mal atento,
sino que vos aticeis
tanta brasa, y tanto fuego?
No me bastan, no, mis penas
de vér à mis padres presos,
de haberme muerto à mi hermano,
y desterrado à mis deudos,
sino que añadais pesares,
furias, iras, desconsuelos,
lastimas, penas, desdichas,
rabias, ponzoñas, venenos?
Pues emendaos, Salomé,
poned à locuras freno,
atajad las demasias,
suspended atrevimientos;
donde no, viven mis iras,
que à rayos de mis incendios,
sepa castigar maldades,
y sepa vengar desprecios.

Sal. Ha dicho vuesa merced,
digo Magestad?

Hace que se vá, bolviendo las espaldas.

Mar. No quiero
oír vuestras demasias.

Sal. No es ese buen miramiento.

Mar. Hablad con vuestro criado.

Laz. Yo, Señora, en qué te ofendo?

Sal. Qué esto sufra mi paciencia!
mal haya, amen, el respeto;
mas yo os juro:-

Jurandosela, y buelve Mariana la cabeza desde la puerta.

Mar. Qué decís?

Sal. Al criado estoy diciendo.

Laz. Conmigo, Señora, hablava.

Mar. Idos, Salomé, con tiento.

Entrase Mariana.

Sal. Abrasada voy en furias,
vén, y te diré acá dentro,
lo que has de hacer.

Vase por la otra puerta.

Laz. Si no pone,
por ser Dios quien es, remedio,
verán que esta rasca barbas
me mete en un grande aprieto.

Vase por donde fué Salomé.

Ha de haber à un lado del tablado una pintura de países, y que uno de ellos sea una puerta que se abra con traza, de modo que no se eche de vér que alli hay tal puerta. Abrirála, pues Herodes por dentro, y saldrá embozado con espada desnúda, y una linterna; y en saliendo bolverá à cerrar.

Rey. Apenas cubrió la noche
la luz con sus pardas sombras,
y en la cochera del mar
metió Febo la carroza,
quando dexando en Belén
mis criados, y las postas,

adon-

adonde me he estado oculto
repasando hartas congojas,
me vine aquí de rebozo
de mi Alcazar, cuya obra
fabriqué entrando en mi Reyno,
tan galante, y primorosa,
que excede à la de David,
en grandeza, ornato, y pompa.
Y como es pension terrible,
la que una muger hermosa
carga sobre su marido,
quando zeloso la ronda;
al labrar este palacio,
abrí con artificiosa
traza esta puerta en el lienzo
de esta bien pintada alcoba,
sin que los ojos mas linces
puedan descubrir la toca.
Corresponde à la muralla
en una torre famosa,
cuya llave yo reservo,
para poder sin zozobras,
aun quando me finja ausente,
como ha acontecido ahora,
entrarme sin ser sentido
al retrete de mi esposa.
Como oy me partí sin verla,
tanto su beldad me postra,
que buelvo ciego à sus luces
à abrasarme mariposa.
Mirando al vestuario.
Pasos oygo, y una luz
se acerca; yo apago estotra.
Mata la luz de la linterna.
y me escondo; veré oculto
quando siente, y quando llora;
que es Mariana muy sentida,
y quando penas la enojan,
llora gracias por los ojos,
y echa perlas por la boca.

Escondese tras del paño, y sale Isabél delante con una luz, y luego Mariana. Habrán sacado un bufete, y una silla.

Isab. Qué ese lanze te pasó?
Mar. Ay, Isabél, que estoy loca
de vér su desenvoltura.
Isab. Es muy terrible. *Mar.* Es traydora;
màs lindas cosas le dixe.
Isab. O quien se hallàra en la obra!
Te desnudaré? *Mar.* Es temprano,
y no vengo mas que à solas
contigo à llorar mis males.
Isab. Quieres cante alguna cosa!
Mar. Sí, Isabél, un tono triste.
Isab. Tomaré el arpa. *Mar.* Ay, congojas,
acabadme yá la vida,
pues yá la razon me sobra,
y no pudiendo una à una,
juntaos, y acabadme todas.

Canta Isabél, y Mariana se paseará poco à poco por el tablado.

Isab. Llorando à su ingrato amante
la hermosa Infanta de Tiro,
al mar aumenta con perlas,
y al ayre enciende en suspiros.
Buelve le dice, con ansias,
tirano de mi alvedrio,
pues no es escollo mi pecho,
ni mis ojos basiliscos.
Sin despedirte te ausentas,
quizá porque el rigor mio
me arranque del pecho el alma
entre rojos desperdicios.
Mar. O que bien traxiste el tono
à mi tragedia medido,
pues si fue Eneas ingrato,
Herodes es mas esquivo.
No cantes mas, dexame
un rato à solas conmigo.
Isab. Pues avisa en siendo hora.

Vase Isabél, y Mariana se sienta en una silla, y se quedará dormida.

Mar. Pienso, que al sueño me rindo,
que es proprio de la tristeza
adormecer los sentidos.
Desde el paño.
Rey. Qué linda ocasion que gozo,
para que à este hermoso hechizo
le haga el alma mil alhagos,
y en mis brazos mil cariños.

Irá

Irá el Rey à llegar à Mariana, por detrás de la silla, y saldrá Lázaro embozado con un papel, y echandole de vér el Rey se buelve à su puesto.

Pero quién? (valgame el Cielo!)
un bulto? (qué es lo que miro!)
hombre aqui, y à tales horas!
al arma, rigores mios.

Laz. Asiendo de los cabellos
la ocasion, por haber visto,
que Isabél se ha ido allá fuera,
y la Reyna se ha dormido,
vengo con pasos de estambre,
sin oír aun lo que piso,
à vér si puedo ponerle
en la mano el papelillo,
y escurrir luego la bola,
porque segun imagino,
el papel no es de alfileres,
sino de juncos marinos.
Y yá que me encargué en darle,
y hacer tan infame oficio
(aunque peor es salir
à robar por los caminos)
quiero darle, sin que sepa,
que yo el alcahuete he sido,
y asi cumpliré con todos,
sin haber jugado limpio.
Llego, pues; mas qué es llegar?
vive Dios, que à andar no atino;
que deslumbra mucho un Sol
aun con los ojos dormidos.

Vá poco à poco temblando, y acercandose à la silla, y al tiempo que Mariana dá vozes soñando se caerá aturdido.

Rey. Qué querrá este vil criado?
qué intentará este atrevido!

Soñando.

Mar. Herodes, esposo, adonde?

Laz. Valedme santos del Limbo,
porque yo yá huelo à muerto,
segun me voy hilo à hilo,

Rey. Soñando está, y habla en mí.

Laz. Si despierta soy perdido:
pongola el papel, y escapo.

Al ir à ponerla el papel en la mano à Mariana sale el Rey furioso, y asele el brazo, y él tropieza, y cae. Despierta Mariana alborotada, y al irse à levantar de la silla encuentra con la luz, y la apaga.

Rey. Primero, infame. *Laz.* Aqui espiro.

Mar. Quien está aqui, esposo? como
(la luz apagué) *turbada.*

Laz. Rendido,
Señor Rey, Señor Herodes,
estoy como un corderillo.

Rey. Suelta el papel, suelta.

Tomale el papel, y entonces le suelta, y levantase, andan todos como à obscuras.

Laz. Suelto
tanto, que no es para dicho.

Mar. Isabél, Isabél? *Rey.* Calla;
que no gusto, ni permito,
que me encuentren entre afrentas,
dondé pensé hallar alivios.

Mar. Alguna desdicha temo, *ap.*
pues no sé con el designio,
que el Rey ha buelto à Palacio.

Rey. Mariana? *Mar.* Yo determino *ap.*
con achaque de ir por luz
escapar de este peligro:
ò si encontrase la puerta!
Vá tentando para hallar la puerta.

Rey. No respondes? *Laz.* Ha cogido
quizá las de Villadiego.

Rey. Esposa? *Laz.* A esotro postigo.

Mar. Halléla, y voy à hacer gente.

Vase Mariana.

Laz. Qué tenga yo tan mal tino! *ap.*

Rey. Y tú donde vás?

Tropieza Lázaro con Herodes, el qual buelve à salir.

Laz. Qué encuentro!
mejor fuera de un novillo.

Rey. Dime al punto.

Laz. Esto es deguello: *ap.*
ò quien fuera aora cochino,
que para escapar Herodes
vale mas que ser su hijo!

Rey. Dime quien de este papel,

tercero, infame te hizo?

Turbado, y tragando salivas.

Laz. Señor. *Rey.* Acaba.

Laz. Será *ap.*

mejor meterlo esto à gritos?

Diga, pues; mas dí primero,

tienes desnudo el cuchillo?

Rey. Y que si tardas saldrá

presto de tu sangre tinto.

Levanta la voz asiendose con ambas manos del brazo de la espada.

Laz. Qué crueldad! favor, Señores,

que matan à Lazarillo.

Rey. Suelta infame, y no dés vozes.

Laz. Yo me agacho,

Metese debaxo del bufete.

aunque imagino,

que por hebra del olor

me han de sacar el ovillo.

Rey. Gente se viene acercando

à las voces, y al ruido,

y no es bien que aqui me encuentren

luchando con mis delirios.

Vine amante; hallo agravios,

à lo menos presumidos,

y aunque imaginados zelos,

sacan mucho de juicio.

Y asi, pues, de este papel

sabré à lo que se hace el tiro;

yo me buelvo à mi viage,

que no estoy para cariños,

por mas que à mi esposa adore,

quando sospechas, indicios,

imaginaciones, sombras,

paños, quadres, y edificios,

me representan desdichas,

y amenazan precipicios.

Vá como à tiento dando buelta al tablado hasta que halla la puerta de los países, por donde salió, abrela, y entrandose por ella, bolverá à cerrarla por dentro. En el interin saldrá Josef por otra puerta con la espada desnuda, y dice en la puerta.

Jos. Pisando miedos, y sombras,

y rebolviendo un abysmo

de confusiones, me traen

unos ecos doloridos,

grita, tropel, y alboroto,

que en este aposento mismo,

concha de la mejor perla,

dosél del Sol mas lucido,

sonaban, ò me he engañado;

y aunque peco de atrevido,

pues de esta secreta puerta

he quebrantado el pestillo,

vengo à mirar todo el quarto,

y à hacer de todo registro.

Hasta aqui ha de haber estado en la puerta, y ahora irá como tentando las paredes con la espada.

Pero todo está en tinieblas,

y parece que es delirio

querer sin luz hallar luz,

y encontrar con los avisos.

Aparte, y asomando la cabeza por debaxo del bufete.

Laz. Ello ha degollado Herodes,

pienso, à todo el Judaísmo,

pues no se rebulle un alma.

Jos. Qué es esto?

Tropieza Josef con el bufete, y Lázaro dá un grito, le trastorna, y sale huyendo.

Laz. Santo Toribio!

Jos. Quién aqui?

Laz. Ay que me embaynan.

Al salir Mar. Andad yá.

Jos. Qué de prodigios!

Quedase Josef à un lado del tablado suspenso, y sale Mariana de priesa, y se vá à él pensando que es Herodes; salen siguiendola Salomé, è Isabél con luces, ò estas podrán sacarlas dos pajes, y todos se admiran, y se turban, como pide el caso.

Mar. Mi Rey, mi Señor, mi Dueño?

Herodes, esposo mio?

Mas ay triste! *Jos.* Yo, Señora.

Mar.

Mar. Tu, pues, como! (à hablar
no atino) *Jos.* Vine aqui.
Mar. Dónde está el Rey?
Jos. Qué Rey? que solo escondido
he hallado à este criado.
Laz. Vineme aqui por el frio,
por si encontrava à Isabél.
Mar. Me hareís perder el juicio.
Sal. No, lo pierdas no Mariana,
que harto le tienes perdido,
pues nos traes à vér al Rey,
y hallo à mi esposo contigo.
Vase Salomé.
Mar. Qué es esto, Cielos, qué es esto?
Laz. Encantos, y laberintos:
yo he visto al Rey con mis ojos.
Jos. Pues si entró, por dó ha salido,
si alli no le han encontrado,
y yo en esta puerta asisto?
Laz. Pues aquese es el encanto.
Isab. Busquemosle divididos.
Mar. Josef, desgraciados somos.
Jos. Yá lo noto, y yá lo miro.
Mar. Todo lo encuentro fracasos,
Jos. Todo lo encuentro peligros.
Mar. Estár alerta conviene.
Jos. No temo si no hay delito.
Mar. Los zelos buscan traiciones.
Jos. Tambien hallarán castigos.
Mar. Dios me saque de este encanto.
Jos. Libreme Dios de este abysmo.

JORNADA TERCERA.

Salen Mariana, y Josef, cada uno por su puerta, sin verse.

Mar. Reposa contenta el ave,
que con providencia suma,
hace olandas de su pluma
mas astuta, y menos grave;
del Alva al alvór suave
trina con dulce armonía
motetes, por vér que el dia
rompe la nocturna calma;
y teniendo yo mas alma
tengo menos alegría!
Jos. Descansa contento el bruto,
quando al descoger la sombra
cama aliña en verde alfombra
menos grave, y mas astuto;
y apenas le quita el luto
al Alva la noche fria,
quando con bruta agonía
hace plato entre el placer;
y teniendo yo mas sér,
tengo menos alegría!
Mar. Cruza amante el arroyuelo,
galanteando à las flores,
dando abrazos por favores,
yá corriente, yá hecho yelo,
todo su afán, y desvelo
es irse de flor en flor,
haciendo con gran primor
dulces quiebros à despecho;
y teniendo yo mas pecho,
tengo yo menos amor!
Jos. Despliega el voton la rosa
al despertar la mañana,
y con basquiñas de grana
la amanece el Alva hermosa:
y el Sol aunque vergonzosa
la mira, con ardimientos
entre sus rayos sedientos
la agasaja, y la convida;
y teniendo yo mas vida,
tengo yo menos alientos!
Mar. Josef? *Vénse ahora.*
Jos. Señora mia?
Mar. Cómo tan temprano aquí?
Jos. Como nunca estoy en mí,
salí à vér si amanecía:
viendo el jardín hecho dia,
luego el alma adivinò,
que en tí la luz madrugó
à darles vida à estas plantas;
y asi, si tú te levantas,
qué mucho madrugué yo?
Mar. Dexa de lisonjearme,
Josef, porque estoy tal
desde la noche fatal,
que el Rey à atemorizarme
vino (si no fué à matarme)
que por mas que me reprimo,
me esfuerzo, aliento, y animo,
no tomo plácer, ni gusto,

y asi entre penas, y susto
me atormento, y me lastímo.
Jos. Yá en tanto tiempo podias
haberte desengañado,
en que fue solo el criado
quien causó tus fantasías.
Mar. Dár fin à las penas mias
tú solo, Josef, pudieras.
Jos. De qué forma? hablas de veras?
Mar. Con matarme. *Jos.* Eso es rigor.
Mar. Tú dixiste, que era amor.
Jos. Son del Rey esas quimeras.

Salen asustados y de priesa Isabél, y Lázaro, Isabél en enaguas, y Lázaro en cuerpo, y sin sombrero.

Isab. Señora. *Laz.* Señor.
Jos. Qué traes? *A Lázaro.*
Mar. Qué quieres? *A Isabél.*
Isab. Vengo difunta.
Laz. Vengo muerto.
Jos. Pues qué ha sido?
Mar. Habla, acaba, que me asustas.
Isab. Sabrás, pues (à hablar no acierto.)
Laz. Las palabras se me anudan.
Mar. Ay confusion como ésta!
Jos. Ay semejante locura!
Laz. Yendo à buscar à Isabél
entre veras, y entre burlas,
para cantarla à lo dulce
quatro pares de aleluyas.
Isab. Encontréme en tu aposento,
que como sé que madrugas,
llevaba luz, y lo hallé
sin tí dos veces à obscuras.
Laz. Y apenas sin ceremonias
dos requiebros nos saludan,
(que no hay que andar con rodeos,
sí decir verdades puras)
quando vimos (aqui tiemblo)
que el quarto se descoyunta,
abriendose en los países
una profunda rotura.
Isab. Quedamos casi difuntos
quando como de una gruta
vimos salir (aún lo dudo)
à tu esposo. *Laz.* Lindas dudas,
quando me ha puesto mi cuerpo
con doscientas mataduras.
Mar. A quién? *Jos.* Qué dices?
Isab. Al Rey
mi Señor. O suerte dura!
Laz. Dilo claro: à Herodes vimos,
que con la espada desnuda,
y en la mano una linterna,
iba entrando à hacer visura.
Isab. El pensaba hallarte à solas,
y yo al punto, que pregunta
por tí, del modo que estaba
sin arte, y medio desnuda
escapé, y tomé la puerta.
Laz. Y à mí me cargó las bulas;
porque en pegando conmigo
ardiendo en saña, y en furia
sobre un papel, aún de marras,
bolvió à hacerme repreguntas.
Yo viendome apretar tanto
la gayta de la asadura,
y que no estaba en un tris
dexarme la vida à obscuras,
canté la verdad de plano,
contando virtudes tuyas,
y diciendo, que mi ama
me hizo hacer la travesura;
que hay muger, que por vengarse,
y por salir con la suya
echará à un marido à Herodes,
y à un mozo à la sepultura;
(esto es allá un cuento largo)
mas él que à su hermana juzga
por Santa, y es un demonio,
comienza à darme una tunda
de patadas, que no sé
cómo me traygo figura.
Si es encanto, ò no es encanto,
como quando hubo la duda,
esto nos ha acontecido,
id à verlo, pues os busca.
Mar. Qué enigmas, Cielos, son éstas?
qué prodigios? qué aventuras?
que aunque mas el alma aliente
me atemorizan, y asustan?
Jos. Vamos à vér la verdad
de esta enigma tan oculta;
que un Rey, por extremo amante,

si golfos de zelos surca,
por mas Magestad que tenga,
hará extremos, y locuras. *vanse.*
Laz. Yo no he de vér mas enigmas,
ellos allá la descubran,
pues irme al degolladero
quando yá voy de dos zurras.

Vase, y salen Herodes terciada la capa, y la espada desnuda, y Salomé à medio vestir.

Sal. Qué es esto, hermano, qué traes
tan demudado el color,
tan de pendencia el semblante,
tan ahogada la razon,
tan sin aliño el vestido,
tan sin arte el pundonor?
Cómo tan sin Magestad,
tan solo, y à esta sazon
(pues apenas à las puertas
del Alva ha llamado el Sol)
entran en Jerusalén,
quando acá se imaginó,
que arrastrados tus contrarios
hicieras ostentacion
en la Corte, al són de trompas,
de tu potencia, y valor?
qué cosas hay que te aflijan?
qué enemigo, ò qué traydor
te conduce à tal estado
de tristeza? *Rey.* Zelos son;
zelos me quitan la vida,
zelos me manchan mi honor,
zelos me traen de esta suerte,
que causas menores no;
que quien para muger propria
muger hermosa buscó,
por mas honesta que sea,
se carga mucha pension.
Sal. Pues si solo eso te aflige,
iguales vamos los dos.
Rey. Pues tú de quién tienes zelos?
(yá adivino mi dolor) *ap.*
quando es Josef tan atento.
Sal. Yá estamos en la ocasion; *ap.*
qué harémos, alma, que harémos?
declararos es rigor,
pues ha de pagar Josef
con la vida la traycion;
si callais, es lid perpétua,
y tormento contra vos;
quál, pues, de estos dos extremos
elegís? (pesia mi amor!)
ea, mueran los traydores.
Rey. De qué estás con confusion?
Sal. De descubrir yo lo mismo,
que quisiera callar yo:
Sabrás, hermano, ò qué pena!
que tu esposa, ò qué dolor!
con mi marido, ò qué muerte!
tiene gran conversacion,
(que à quien entiende esto basta)
que à los vidrios del honor
el aliento los empaña,
y el tratarlos los quebró.
La aficion es muy de atrás,
causas, tus ausencias son;
que muger moza, y hermosa,
y ausente el marido, oy
se tiene por maravilla
la que cuida del honor.
Hartas cosas ví, y callé,
porque nunca imaginó
mi pecho, que aquellas cosas
ahondaban en la aficion.
Mas quando con mas descaro
la máscara se quitó
la vergüenza, fue esta vez,
pues es rara la ocasion
en que no los hallen juntos
siempre à solas à los dos.
Declaréme con Mariana,
y tales cosas me habló,
hasta meterse en linages,
que rebienta el corazon
de refrescar las heridas,
que indefenso recibió.
Esto pasa: si tus zelos
nacen de esto, justos son;
Rey eres, tuya es la causa,
haz justicia, y clama à Dios.
Rey. O pesar de mi fortuna,
pues quando el alma pensó
hallar en tí desengaños,
halla pruebas del dolor!

Quan-

Quando me ausenté de aqui,
(yá sabrás la confusion
de aquella noche) quité
por mas que lo resistió,
à Lázaro este papel;
y tanto me embarazó,
quando Antonio me llamaba,
publicar mi detencion,
que abrasado en vivos zelos
reservé para mejor
ocasion averiguarlos:
salió el pleyto en mi favor,
y Antonio anduvo galante,
con que apagué otro turbion
de otros zelos, y sospechas:
parto, pues, trás de mi honor;
llego oculto hasta mi quarto;
hallo à Lázaro, y feroz
le amenazo con la muerte,
con que al punto confesó,
que tú el tal papel le diste
para Mariana.

Sal. Ha traydor! *ap.*

Rey. Mas con lo que tú me informas,
yo pienso que me mintió,
y que se le dió Josef.

Sal. Tente, que no quiero, no,
que se la cargue esta culpa;
esto mi ingenio trazó
para vér si Mariana
correspondia à su amor.

Rey. Pues con eso me has quitado
muchas cargas de pasion;
y pues de esto le haces libre,
lo demás miremoslo,
Salomé, con muchos ojos;
porque en los casos de honor,
si no se vá con gran tiento
se suele hacer tal borron,
que un crédito se desdora,
y se mancha una opinion.

Sal. Basta, que estás yá muy tierno,
pues que juzgas por mayor
agrávio escribir dos letras,
que tener conversacion.

Rey. Quiero mucho à Mariana,
y quisiera, vive Dios,
que nadie hablára mal de ella
por mas que la acuse yo. *Vanse.*

Salen Mariana, Josef, Lázaro, è Isabél.

Jos. Veis yá como no está aqui.
el Rey, ni hay rotura abierta?

Isab. Señor. yo ví, aqui una puerta.

Laz. Juro à Dios, que yo la ví,
y que es verdad quanto hablo.

Mar. En fin se desvaneció.

Laz. Quizá el diablo la cerró,
supuesto la abrió algun diablo;
mas es posible.

Llega Lázaro como à empujar la pared con ambas manos, y se abrirá la puerta, y retirase ázia atrás todo medroso, y admirandose todos.

Ay Dios mio!
Tenle, que sale, Señor.

Jos. Caso raro! *Mar.* Bravo horror!

Laz. Decid yá si es desvario?

Jos. Esta ha sido invencion rara,
al fin de un Rey, y zeloso.

Laz. Mas quisiera vér à un oso,
que bolver à vér su cara:
irme es medio mas suave,
mas él buelve hecho una fiera.

Vase à entrar de priesa, y encontrando con Herodes se buelve ázia atrás medroso, y sale Herodes muy severo, y grave.

Rey. Que tal descuido tuviera,

En la puerta à parte.

que aun no torciera la llave!
yá la han visto, y la han abierto;
disimulemos. *Mar.* Señor?
conmigo tanto rigor?

Jos. Qué ayrado mira! estoy muerto! *ap.*

Rey. Estad, Señora, en buen hora.

Jos. Deme vuestra Magestad
sus Reales pies.

Vale à besar el pie, y el Rey le buelve las espaldas.

Rey. Apartad;

idos, y dexadme ahora.
Jos. Señor? cómo, pues yo? *Turbado.*
Rey. Haced
lo que os mando, y no os turbeis.
Jos. Vos mi lealtad conoceis?
Rey. Por eso os hago merced;
tomad, Josef, esta llave,
y entraos por aqui à mi quarto.

Dale una llave, y señala la puerta del país.

Laz. El cuello me huele à esparto
con esto, y con lo que sabe. *ap.*
Jos. Voy, Señor, à obedecerte:
privados, miraos en mí,
que ayer el valído fuy,
y oy voy à buscar mi muerte.

Vase por la puerta del país, y cierrala el Rey con otra llave, echasela en la faltriquera.

Rey. Mariana? Salios vosotros.

A los criados.

Laz. Dios dé à vuestra Magestad
cinco mil años de edad:
corramos como unos potros.

A Isabél, y vanse los dos.

Mar. Qué es esto, Herodes, qué es esto?
que he reprimido mis labios
por no decir pesadumbres
delante de los criados.
Al cabo de tanta ausencia,
de tantos dias al cabo,
quando son las quexas mias
vienes rigores formando?
mas no lo extraño, que es proprio
siempre de aquel que ha agraviado
adelantarse en las quexas
para encubrir sus agravios.
Sin despedirte te fuiste:
Dios sabe si lo he llorado,
que desayres à quien siente,
son heridas para llanto.
Veniste, y quando pensé
vinieras tierno à mis brazos,
vienes falseando paredes,
que en eso se vé eres falso.
Para qué, dí, fue esta puerta
tan oculta, y à mi quarto?
Mas yá entiendo tus recelos,
y si piensas que te hago
traicion por haberme visto
à tu amor escollo elado,
aspid sorda à tus finezas,
marmol frio à tus alhagos,
te engañas, Señor, te engañas,
porque es mi honor tan honrado,
que no le iguala en pureza
la pureza de esos astros:
que la que es muger de bien,
aunque tenga mal hallado
el gusto con su marido,
no por eso ha de agraviarlo.
Bien lo has visto, bien lo has visto
las veces que habrás entrado
oculto à verme en mi lecho;
sino es que entraste (ha tyrano!) *ap.*
para darme tú la muerte,
que encomendaste à otro brazo:

Al oír esta palabra, hará el Rey demostracion de alterarse.

Pluguiera à Dios no bolvieras;
pero no, vivas mil años:
muera yo, viviendo tú;
que aquello fue hablar acaso,
porque en mí, Josef, cumpliera
lo que te juró en tus manos.
Rey. Vive Dios de un desleal: *ap.*
y tú, cierra yá los labios,
y quando agravios encuentro
no te justifiques tanto.
Asi se le guarda à un Rey *ap.*
el secreto? Ha vil cuñado!
para qué quiero mas pruebas,
quando hay delitos tan claros?
Mar. Pues de qué, de qué te alteras?
ni por qué fulminas rayos
de enojo, quando yá sé,
que como me quieres tanto,
aun muerto tú, no querias

me gozáse en otros brazos?
Por modo de encarecerme
este tu amor, aunque extraño,
se explicó Josef conmigo,
(que mal hice en declararlo) *ap.*
y asi, Señor, por tu vida,
por mi amor, por todo quanto
sueles decir, que me estimas,
te suplico::– *Rey.* Otro cuydado: *ap.*
por él ruega; al arma, honor.
Mar. Que por mí no venga daño
à Josef.
Rey. Yá, qué espero? *ap.*
Mar. Que le debes.
Rey. A qué aguardo? *ap.*
Mar. Muy buenas correspondencias.
Rey. Asi le dé Dios el pago:
esto es hecho: aqui acabó *ap.*
de confirmarse mi agravio.
Quanto Salomé me ha dicho,
y aun el papel que ha negado,
los casos de mi locura,
(que no fueron muy acasos
quando pensando era Antonio
le juzgaba mi contrario)
descubrirme mis secretos,
romper juramentos santos,
rogarme por él Mariana,
todos son indicios claros
de mi deshonor, y afrenta;
pues eche la muerte el fallo.
Mar. Qué intentas, Señor, qué intentas?
Rey. Castigar à temerarios.
Mar. Matame à mí la primera.
Rey. Eso se verá despacio.
Mar. En qué te he ofendido?
Rey. En mucho.
Mar. Tu hermana te habrá informado.
Rey. Mi hermana es una Idumea,
y no hay que hacer de ella caso.
Mar. Picóse? Ha traydora vil! *ap.*
yo soy la que menos valgo.
Rey. Por qué ruegas por Josef?
Mar. Porque desatenta he andado
en decir lo que me dixo.
Rey. El anduvo mas villano.
Mar. Y si piensas que otra cosa
mueve à mi pecho bizarro,
ni que hay contra tu decoro
de ofensa el menor amago,
te engañas, sí, vive el Cielo;
y asi súplicas dexando
(que súplicas pueden poco
con un corazon tyrano)
exâmina, inquiere, busca
delitos, procesos, cargos,
prende, atormenta, castiga,
cruel, rigoroso, y bravo;
que quando un triste perezca
à manos de los engaños,
yá se sabe, que el suplicio
se hizo para desdichados.
Muera yo, muera Josef,
matanos, Señor, à entrambos,
porque han de ser los castigos
iguales con los agravios.
Acabenos un veneno,
quitenos la vida un lazo,
ò si hay sed de nuestra sangre,
saca ese acero gallardo,
y abre puertas del coral
en mi pecho de alabastro;
que los que cumplen mas bien
con el duelo de lo honrado
no hacen cuenta que se vengan,
si no se tiñen las manos.
Porque yo de todos modos
triste, penosa, llorando,
desabrida, viva, ò muerta,
daré testimonio claro,
que muero inocente rosa,
que aunque el Sol la ha castigado
con lo inmenso de sus lumbres,
con lo ardiente de sus rayos,
no por eso, no por eso
dexan de saber los prados,
que ella murió casta, y pura,
y él castigó temerario. *vase.*
Rey. Mucho puede una hermosura,
mucho arrastra un dulce encanto;
mas en tocando al honor,
se queda el amor à un lado.
Muera, muera; pero tente;
tente lengua, y habla paso,
que hieren mas los acentos,
que un rigor executado.

Mue-

Muera; pero no se diga,
que en casos que afrentan tanto,
la sentencia ha de ir à sordas,
y la execucion callando.
Daré cuenta à mi consejo,
y ellos miren allá el caso,
que las causas de los Reyes
necesitan muchos sabios. *vase.*

Salen Salomé, y Lázaro.

Sal. Lázaro, no me atormentes,
qué ha passado? dilo presto.
Laz. Qué hay Señora, mucho mal,
y que Herodes anda suelto,
que es mas que diablo, y fulmina
rayos, que tiembla el infierno.
Mi Señor está enjaulado,
que aun es algo mas que preso,
pues la puerta por dó entró
es un secreto tremendo.
Mariana está muy llorosa,
dando mas perlas à un lienzo,
que la Aurora quando el Sol
la arrastra de los cabellos:
los Grandes andan confusos,
los dos consejos suspensos,
los de la guardia aturdidos,
todo el Palacio rebuelto.
Unos à otros se miran,
sin poderse sacar de ellos,
sino todo admiraciones,
todo espantos, y silencios.
De mí se recatan todos,
y aun señalan con el dedo,
quizás pensando que soy
el tercero de estos cuentos.
Y asi yo con tu licencia
quiero, Señora, irme à un yermo
à imitar à San Elías,
aunque huyan de mí los cuervos.
Mas vale ser Hermitaño,
que es oficio honrado, y bueno,
que no aguardar que un verdugo
me manosee el pescuezo.
Sal. Oye, esperate. *Laz.* No estamos
en tiempo de detenernos,
que anda el caso de tropél,
no me lleven de un encuentro.
Sal. A dónde hallaré à mi esposo?
Laz. Pues eso es lo que sé menos.
Sal. Y el Rey?
Laz. Dicen se ha encerrado.
Sal. Y Mariana?
Laz. En su aposento.
Sal. Y llora mucho?
Laz. Que es pasmo.
Sal. Eso sí pesia mis zelos,
llore, llore, sienta, pene,
gima, brame, y haga extremos,
que aun no me doy por vengada
mientras con vida la veo:
vén, busquémos à tu amo.
Laz. Yo voy trás tí: vive el Cielo, *ap.*
que esta muger es un diablo,
y que solo sus enredos
han de ser causa que pierdan
honra, y vida muchos buenos.

Vanse, y sale Josef como preso.

Jos. Muerte, si habeis de venir
mucho pienso que os tardais,
que aunque el vivir me alargais,
es mas muerte este vivir:
contento habré de morir,
pues la causa por quien muero,
fue del alma amor primero;
pero con recato tanto,
que aun con palabras de llanto
jamás dixe, yo te quiero.
Si ha sido delito amar
sin hacerle al Rey agravios,
juzguenlo todos sus sabios,
que no lo quiero juzgar:
Si amar, vér, y visitar
à la Reyna con lisura,
lo juzgaren por locura,
y castigaren por loco,
muera yo, que todo es poco,
pues me mata una hermosura.
A esta Torre reservada
me mandó venir el Rey;
y en él la obediencia es ley,
aunque manda apasionada:
yá la noche desgreñada

man-

manto de estrellas se ha echado,
sin que para mi cuydado
descubra la menor luz;
pero bastale un capúz
à quien muere desdichado.

Salen Mariana, è Isabél con una luz que pondrá sobre un bufete, y se bolverá à la puerta.

Mar. Pon la luz alli, y tén cuenta
con esta puerta, Isabél:
Josef? (Ha pena cruel!)
Jos. Qué voz divina me alienta!
O Señora! pues qué intenta
aqui vuestra Magestad?
Mar. Vengo à darte libertad,
Josef, entre mil desmayos,
porque llueve el Cielo rayos,
y es grande la tempestad.
El Rey, segun he sabido,
yá tu sentencia ha firmado;
à un cuchillo ha condenado
tu vida (pierdo el sentido!)
Mi causa, la ha remitido
al Consejo Senedrin;
y tambien saldrá mi fin,
que en semejantes agravios
son pocos sesenta sabios
si un Rey levanta el motin.
Yo arriesgada, y sin temer
ira, enojos, ni rigor,
(porque sé tener valor,
aunque me miro muger)
sin reparar en perder
la poca que tengo vida,
vengo à ser agradecida
à la que honesta aficion
siempre ví en tu corazon
grata, honrada, y comedida.
Joyas, dinero, y caballo,
junto à esta puerta te espera;
vete en paz, que no quisiera
este intento malograllo:
y tan gozosa me hallo
de que en tan penosa calma
lleve mi valor la palma,
que aunque muera yo, haré cuenta,
que he echado la vida en renta,
y que me debes un alma.
Jos. En tus soberanas plantas
pongo la boca, y los ojos,
rindiendo el alma en despojos
por pagar mercedes tantas;
tu heroyco blason levantas
hasta las celestes cumbres:
à tus pies rinda sus lumbres
el mas galante farol,
que es bien que se humille el Sol
à quien templa pesadumbres.
Pero quedo tan corrido,
confuso, y avergonzado,
que temo quedar quebrado
en deudas de agradecido:
dexame morir te pido,
que no puedo obedecerte;
porque fuera rigor fuerte
en tan penosa partida
irme yo à buscar la vida,
y dexarte à tí en la muerte.
Demás que diera ocasion,
dexando à parte lo ingrato,
que hay entre los dos mal trato,
pues me voy de la prision:
no manchemos la opinion
con lance desacertado,
porque un vulgo mal hablado,
es mucho lo que deshonra,
y es mejor morir con honra,
que no vivir afrentado.

Suena dentro ruido de Alabarderos, y dicen.

Uno. Adelante. *Otro.* Apriesa.
Otro. A la torre.

Sale Isabél alborotada, y se vá luego.

Isab. Señora, la guardia suena.
Mar. Me habrán sentido; ay dolor!
huye, Josef, por mi amor.
Jos. Yá no es posible.
Mar. O qué pena!

Salen dos, ò tres Guardas con alabardas.

Guard. El Rey, gran Señora, ordena,
paseis al quarto de adentro.
Mar. Todo es muertes quãto encuẽtro! *ap.*
Guard. Y vos, Josef, aqui entrad.
Jos. Esto es morir. *ap.*
Mar. Qué crueldad! *ap.*
Jos. O si me tragára el centro! *ap.*

Llevan dos Guardas à Josef por la puerta que salieron, y otro vá con Mariana por la otra puerta. Y bolverá à salir sola por la de en medio. Y habrán puesto dos luces en un bufete.

Mar. Yá estamos, alma, en prisiones,
mostrad, mostrad valentía,
que siempre es de pechos grandes
hacer pecho à las desdichas.
Para ahora es el aliento,
para aqui las bizarrías,
que no hay mayor altivéz,
que saber morir altiva.
Muerase con inocencia,
y mas que nunca se viva,
que la vida de la honra
es siempre la mejor vida.
Honrada lo he sido, y tanto,
que aun con vivir desabrida,
y haber tenido aficion
à otro que me la tenia,
jamás, ni aun con pensamiento
le dí al honor una herida,
porque en el mayor impulso
supe vencerme à mí misma.
Y asi, vengan yá las penas,
rigores, tormentos, iras,
aprisionen, atormenten,
partan, destrocen, dividan
este cuerpo, cuya sangre
regando estas losas frias,
clamará al Cielo venganzas,
y à Dios pedirá justicia.

Dentro en alta voz.

Jos. Muero inocente.
Mar. Ay de mí!

Muda la voz como con desmayo.

la vida à Josef le quitan,
por mi causa, por mi causa;
aqui el valor se aniquila,
aqui desmayan los brios,
aqui el corazon palpita.
Yá no soy yo Mariana,
yá lo valiente se humilla,
yá lo alentado se postra,
yá lo bizarro se eclypsa.
Ay de mí!

Cae desmayada en una silla; y poco à poco se irá desgajando por lo alto una nube, en la qual se descubrirá la Fama ricamente vestida, coronada de laurél, y en las manos una palma. Y donde no hubiere oportunidad para la tramoya, saldrá por el tablado con mucha magestad, y parará en medio.

Fam. Mariana, escucha.

En sueños.

Mar. Quién eres, dama divina,
que me alientas con tu voz,
y con tu vista me alivias?
Fam. Yo soy la Fama, que vengo
à darte muchas noticias
para templar tus congojas,
y aliviar tus agonías.
Tiende los ojos serenos,
por esos ayres, y mira
las crueldades con que Herodes
destruye las mas familias.
Mira alli à tus padres muertos,
y hasta los hijos que crias,
con que yá la Regia estyrpe
de tu casa está extinguida.
Mira à todo el Senedrin
ahogado en su sangre misma,
que aun el rigor no reserva
à un Senado de justicia.
Mira à Belén, y à sus Pueblos
hechos tal carnicería,

que bermejean las casas
con rios de coral tintas.
Mas de cien mil inocentes
dán al cuchillo las vidas;
para que tengan los Cielos
mas estrellas que los sirvan.
La causa de muertes tantas,
es una mortal embidia
de Herodes, porque no haya
quien el laurél le desciña.
Mas yá un Niño, Sol hermoso,
aunque entre pajas se abriga,
nace gran Rey de Judá,
y deseado Mesías.

Despierta Mariana, y levantase presurosa, y dice mirando dentro.

Mar. Esperate, Fama, aguarda:
qué Doncella peregrina,
orlada de un Niño Sol,
que en sus brazos acaricia,
es la que por aquel valle
vá medrosa, y huye apriesa?
Fam. Esa es Madre del gran Rey,
y Donzella, aunque parida,
que huye del tyrano Herodes
à las remotas Provincias.
Mar. Seguiréla?
Fam. Con el alma.
Mar. Cómo se llama?
Fam. Maria. *Mar.* Dulce nombre.
Fam. Es gran Señora.
Mar. Su madre?
Fam. Ana se decia.
Mar. Gracia suena.
Fam. Y mucha gracia;
y asi, pues, tú participas
de dos nombres tan heroycos,
Mariana, Ana Maria,
alientate en tus trabajos,
animate en tus desdichas,
que yo haré tu fama eterna
à pesar de tyranías.

Desaparece en la nube, ò vase por la otra puerta.

Mar. Valgame el Dios de Israél!

Ha de estár como embelesada mientras desaparece la nube, y luego habla como que despierta de un sueño.

Es encanto? Es fantasía?
Son sueños, ò son verdades
las que ha tocado mi vista?
Pero qué dudo, qué dudo
ser verdad lo que me anima,
quando alborozada el alma
me está vertiendo alegrías?
Ea, venga yá el verdugo,
tienda, tienda la cuchilla,
que si à tantos inocentes
degüella una tyranía,
que hasta la Madre de Dios
huye por salvar la vida,
no es mucho, que yo perezca,
y el cuello al acero rinda,
quando muero como noble,
y hay fama que se publica
la inocencia castigada
de Herodes Ascalonita.

Vase, y suenan caxas destempladas, y una trompeta, y sale Lázaro.

Laz. Sordinas por la mañana,
y haber hecho cadahalso,
y no parece Josef,
ni la Reyna, malo, malo.
Andar todos aturdidos,
los Ministros à caballo,
los Escribanos confusos
con procesos, malo, malo.
Estarse quemando el dueño,
ser yo el vecino, y criado,
haber verdugo, y Herodes;
harto os he dicho, miradlo.

Mirando adentro.

Mas qué alboroto es aquel,
que à las puertas de Palacio
divide en tropas la gente,
y el grito levanta en alto?
Vive Dios, que he de ir à verlo,
que si he de morir ahorcado,

por demás es el andar
huyendo de los espartos.

Vase, y saldrán dos Pajes, y sobre un bufete tenderán unos manteles, los quales con el servicio que pusieren, à la cabecera pan, salero, y cuchillo estarán salpicados con sangre. Saldrá Herodes, y se sentará à la mesa, y daránle agua à manos, Isabél de rodillas con una fuente en una mano, y un pichél en la otra con agua tinta en sangre, y Salomé en pie le echará una tohalla ensangrentada tambien.

Rey. Ola? dadme la comida;
descanse el pecho, descanse,
pues las manchas de mi afrenta
las he lavado con sangre,
venga el agua; mas qué es esto?

Turbase al vér la sangre.

Isab. Señor mio, no te espantes,
porque la sangre que viertes
tiñe todos los crystales.
Rey. Y tú qué me dás aqui?

Al echarle la tohalla.

Sal. No hallo otro lienzo que darte,
pues sangre de Josef mancha
las olandas, y cambrayes. *Llora.*
Rey. Ahora lloras? tú no fuiste
quien sus culpas me acusaste?
Sal. Fueron zelos.
Rey. Pues con zelos
diera la muerte à mi padre.

Toma el pan, y lo parte con el cuchillo y sale sangre.

Salpicado en sangre miro
quanto me poneis delante,
cuchillo, pan, y manteles;
y si es que por motejarme
de cruel lo haceis; por vida
de Mariana, que acabe;
mas qué digo? con quién fuiste
tan presto, lengua, à encontrarte?

Comience ahora à comer del primer plato que han de haber puesto.

Vive Dios que esta Mariana
hace del alma, y deshace
como quiere, pues no importa
que haga mi rigor alardes,
para que el amor inmenso
con que la idolatro amante
dexe de hacer sus efectos
templandome los pesares.

Coma ahora un rato, y luego diga.

Valgate Dios por Mariana!
Ola?

Sale una Guarda.

Guard. Señor.
Rey. Al instante
se suspenda del castigo
la execucion.

Vase la Guarda.

Sale Lázaro muy triste.

Laz. Yá es muy tarde.

Dicen dentro en tono triste todas las voces que pudieren, y el Rey se suspende.

Dent. Justicia, Cielos, justicia.
Rey. Qué alaridos lamentables
son estos?
Laz. Yo lo diré.
Rey. Acaba presto.
Laz. Escuchadme:
salió la hermosa Mariana,
aquel Sol que idolatraste,
aquella luz de tus ojos,
por mas que el rigor te engañe,
salió, no como otras veces
con el festivo ropaje,
que la adornaba el aseo,
y la componia el arte;
sino embuelta entre vayetas,
mas con ellas tan galante,
tan por los cabos hermosa,

que

que haciendo gala el desayre,
al dia le añadió luces,
y al Sol prestó Magestades.
La Corte que se abrevió
en la plaza con ser grande,
cotos de damas gallardas,
variar tropas de galanes,
con el vulgo, que confuso
sus puestos previno antes,
se hicieron todos al llanto,
quando vieron el talante,
lo bizarro del despejo,
del dulce mirar lo grave,
con que sin hacer melindres,
ni turbados ademanes,
se apeó de la carroza,
y del teatro espantable
fué subiendo la escalera,
como si hubieran de darle
alli de todo un Imperio
la corona de diamantes.
Tal fué aqui la voceria,
tal la grita, que aun el ayre
de embarazado parece
que dió muestras de quexarse.
Y quando tanta ternura
en su pecho ocasionarle
pudo un diluvio de perlas,
ò de lágrimas dos mates;
tan sereno tuvo el Cielo
de su rostro, que al mirarle
pareció esculpida en marmol,
ò en marfil preciosa imagen.
Con magestuoso meneo
por el tablado adelante,
hasta la enlutada silla
cuenta los pasos fatales.
Sientase, y con un suspiro,
que à un brazo hiciera dár sangre,
dixo: no lloreis, vasallos,
que os juro, que muero martyr,
honrada como quien soy,
è inocente como un Angel.
No habló mas, sino mirando
al verdugo, que cobarde
de vér tanta valentía,
tiembla sin saber que hace,
ella le puso en las manos
el cuchillo, y con donayre,
desabrochando el marfil
del cuello con sus cristales,
acaba, dixo, no temas;
y él yá entonces sin turbarse,
de dos golpes derribó
de aquellos ombros atlantes
la cabeza mas hermosa
que respetaron deydades.

Levantase Herodes furioso tomando el cuchillo de la mesa.

Rey. Qué dices infame? calla,
calla, calla, y no me engañes:
Mariana muerta, y yo vivo!
Sal. Desde aqui desengañarte
podrás sin hacer estremos.

Corre Salomé una cortina, y aparecerá en lo alto Mariana sentada en una silla como degollada al modo que suele hacerse.

Isab. Ay dolor!
Laz. Funesto trance!
Rey. Es verdad esto que miro?
ò son acaso disfraces?
ò apariencias de la idéa?
ò sombras porque me espante?
Mariana, Mariana, dime:
eres tú la que cadaver
yaces vertiendo la vida
por purpuras, y corales?
eres tú? dimelo presto,
porque este brazo derrame
mas sangre en venganza tuya,
que el Nilo arroja en cristales.

Cubrase la cortina, y buelven à decir las voces.

Dent. Justicia, Cielos, justicia.
Rey. Vengadme, Cielos, vengadme;
Mariana, Mariana, à ellos.
Laz. Señor?
Salom. Hermano, qué haces?

Tras-

Trastorna la mesa , y detrás de todos con el cuchillo empuñado.

Rey. Mariana , aqui de mis iras.
Laz. Huye , no nos descalabre.

A Isabél.

Isab. El juicio ha perdido.
Salom. Ay Cielos,
quién vió desdicha mas grande!

Vanse huyendo , y el Rey trás ellos ; entrarán por una puerta , y bolverán à salir por la otra , y el Rey irá diciendo.

Rey. Mariana , sin tí no hay vida.
Mariana , vengan pesares,
Mariana , lluevan desdichas,
Mariana , rayos me abrasen.
Y si penas , y tormentos,
dolores , fuegos , volcanes,
rabias , iras , y desdichas,
no bastaren acabarme,
abrame este azero puerta
en el pecho , y tinta en sangre,
salga el alma pregonando,
quien tal hizo , que tal pague.

Entrase furioso.

Laz. Y aqui tiene fin la historia
tragica , y todas verdades,
de Herodes Ascalonita,
con la muerte lamentable
de la mas bella Mariana,
muerta por zelos infames.
Si alguno por mas extenso
quisiera vér sus crueldades,
lea à Philon , y à Josefo
ò à Pineda en sus Anales.

FIN.

Se hallará en la Librería de Quiroga , calle de la Concepcion Gerónima , junto à Barrio Nuevo ; y asimismo un gran surtido de Comedias antiguas , Tragedias y Comedias nuevas , Autos Sacramentales , y al Nacimiento , Sainetes , Entremeses , y Tonadillas
Año de 1791.